Los conquistadores de lo imposible

La isla que surgió del mar

Philippe Ebly

Sergio, Teo y Xolotl viajan en un barco por el Atlántico. Todo está aparentemente en calma… Pero de repente, el barco naufraga por causas inexplicables y los tres amigos se salvan en un bote. Ven una isla que se perfila en el horizonte. Unos minutos antes, cuando el barco se estaba hundiendo, no se encontraba allí…

Es una isla que no figura en los mapas. Tiene un gran palacio en lo alto, rodeado por una ciudad. Está protegida por una muralla almenada y parece dormida en las primeras luces del alba. Es como un colosal decorado montado en medio del mar.

Los tres conquistadores de lo imposible se dirigen a la misteriosa isla, para tratar de desvelar su secreto.

Philippe Ebly

La isla que surgió del mar

Los conquistadores de lo imposible - 10

ePub r1.0

diegoan 07-06-2020

Título original: *L'île surgie de la mer*
Philippe Ebly, 1977
Traducción: Joaquín Esteban Perruca
Ilustraciones: Juan Agustín Acosta

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La isla que surgió del mar

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

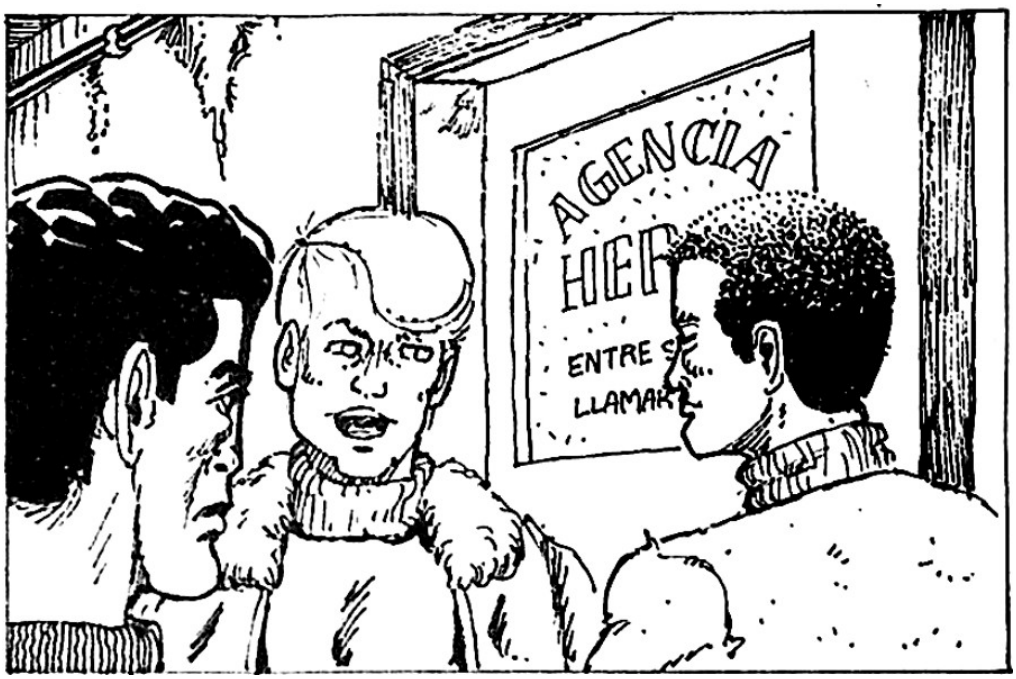
Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Sobre el autor

Notas



I

Nos detenemos ante el edificio. Lo contemplamos un tanto asombrados y nos asaltan las dudas.

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunta Teo.

Por la manera de hacer la pregunta, se nota que cree que me he equivocado. Rebusco en mis bolsillos y saco una hoja de bloc en la que mi padre ha escrito la dirección.

—Estamos en Burdeos y esta es la calle Pelleport —digo —. Mira el número: es el mismo. No hay posibilidad de error…

Teo mira la hoja de papel y se encoge de hombros.

Estamos ante una casa de tres pisos, muy vieja y descuidada. Entramos por una puerta cochera, que está entreabierta. Xolotl se asoma y mira hacia adentro.

—No hay portero —observa.

Empiezo a preocuparme. Habrá que investigar. No podemos abandonar la partida sin más.

—Qué se le va a hacer. Subamos…

En el segundo piso encontramos lo que andábamos buscando. En una puerta despintada hay una placa que dice:

«AGENCIA HERRE»

«*Entre sin llamar*»

Entramos y nos encontramos con un despacho vacío.

—¿Qué queréis? —oímos que dice una voz hosca.

No, no estaba vacío. En un rincón oscuro hay alguien que no habíamos visto: un anciano calvo, en mangas de camisa. Nos mira de hito en hito, como si le molestara nuestra presencia. Le explico lo que deseamos.

—Bueno…, dadme vuestros nombres —dice.

Se ha tranquilizado un poco, al enterarse de nuestro propósito. Toma un lápiz.

—Tú, dime cómo te llamas.

Se ha dirigido a mí.

—Sergio Daspremont.

Luego apunta los nombres de Teo y de Xolotl. Parece satisfecho y mira a Xolotl, intrigado.

—No eres francés, ¿verdad?

Xolotl ya está acostumbrado a que le pregunten eso, ya sea por sus facciones o por el color de su piel. Explica al anciano que es mejicano y que nos hemos conocido en Méjico.

Felizmente, no pregunta nada a Teo. La respuesta hubiese tenido que ser mucho más complicada.

—Así que queréis ir al Brasil. De acuerdo. Pero ¿por qué no vais en avión?

Habla como refunfuñando, como si encontrase absurdo que quisiéramos hacer el viaje en barco. Le explico que mi padre está en Brasil, comisionado por el Gobierno, y que no nos espera hasta dentro de dos semanas, así que no tenemos necesidad de ir en avión, pues suponemos que el viaje en barco será mucho más barato.

—¿Más barato? —dice el viejo, haciendo una mueca—. No tanto. Para que sea más barato hay que viajar en un carguero y no creo que eso os interese…

—Es precisamente lo que queremos.

—¿Ah, sí?… Bueno. Pero no es nada cómodo, os lo advierto.

Lo sabíamos. En la mayor parte de los buques mixtos, de carga y pasaje, el confort es escaso los pasajeros comen lo mismo que los marineros No nos importa, y aceptamos. Lo curioso es que el anciano no parece demasiado dispuesto a complacernos. Nos cuenta algunas cosas de la vida a bordo, las más desagradables, como si quisiera hacernos desistir. ¿Por qué?…

—No sé si podré complaceros —termina diciendo.

Busca entre sus papeles sin convicción, como si no quisiera encontrar lo que estaba buscando. Esperamos pacientemente. Xolotl lo mira displicente, con los ojos entornados, y parece divertido. Teo, por su parte, observa la oficina, desconfiado. Es un despacho más bien miserable, sucio y en desorden.

—¿Os interesa un barco que va a El Salvador?

—Sí, nos conviene. Mi padre podrá desplazarse a El Salvador dentro de quince días, cuando su misión haya

terminado. Luego, regresaremos con él a Brasilia y nos dirigiremos al Matto Grosso. Un estupendo viaje en perspectiva…

—¿Cuándo zarpa ese barco? —pregunta Teo.

—Pasado mañana, por la tarde.

El anciano sigue rebuscando entre sus papeles, sin mirarlos. De vez en cuando, nos facilita algún dato, seguramente inventado.

—El barco es el *San Cristóbal*. Voy a prepararos los pasajes.

Se traslada a la habitación contigua, vuelve enseguida y pregunta:

—¿Tenéis los pasaportes en regla?

—Sí.

—¿Y los visados?

—También.

—¿Os habéis vacunado?

—Sí.

Da la impresión de que quiere crear dificultades. Parece sorprenderle que tengamos todo en regla y vuelve a trasladarse a la habitación contigua. Oigo cómo descuelga el teléfono y marca un número. Luego cierra la puerta, como si no quisiera que escucháramos lo que va a decir.

—Curioso individuo —masculla Xolotl.

Teo no dice nada. Sigue observando el despacho, con aire de desconfianza que adopta cuando algo le disgusta. Por fin, se decide a hablar.

—Todo es de lo más extraño —dice—. La calle, la casa, la oficina y el anciano. Todo es triste, irreal, miserable… Da la impresión de que la agencia está al borde de la quiebra. No me extrañaría que el carguero ni siquiera existiese…

Reflexiono durante unos instantes. No desconfío tanto como Teo, pero no las tengo todas conmigo. ¿Existirá realmente el *San Cristóbal*?… De pronto, recuerdo que ha sido mi padre quien nos ha dado la dirección de la agencia, y eso me inspira confianza.

—No te preocupes —le digo a Teo—. Todo saldrá bien…

En ese momento, regresa el anciano. Trae los pasajes.

—Aquí tenéis —dice—. Todo está en regla. El *San Cristóbal* zarpará a las diecisiete horas, pasado mañana. Presentaos en el muelle de Bacalán, media hora antes por lo menos. No os retraséis. Un barco jamás espera…

II

Seguimos los consejos del anciano religiosamente. A los dos días, estábamos en el muelle a las cuatro y media. Al acercarnos al *San Cristóbal*, vemos que tiene las bodegas abiertas y que quedan por cargar unos cien toneles.

—No creo que podamos zarpar a las cinco —comenta Xolotl.

Atravesamos la pasarela y un marinero, encargado al parecer de vigilar a los demás, nos acoge con bastante amabilidad.

—¿A qué habéis venido? —dice.

—Vamos a viajar en este barco, si no le molesta —responde Teo—. Aquí están los pasajes.

Muestra los billetes; el marinero los mira un tanto reticente, y farfulla:

—No me lo habían advertido… Nadie… nadie me había dicho nada… ¿Estáis seguros de que se trata de este barco?

—Completamente seguros.

El marinero sacude la cabeza y hace una mueca, como si no terminara de creérselo. Luego, volviéndose hacia la popa del barco, nos muestra un individuo que debe ser un oficial.

—Preguntadle al segundo —dice—. Él os informará.

Vamos a buscar al segundo, que nos contempla con aire displicente. Es un individuo enjuto, tristón, que no parece sonreír nunca. Nos pide los pasajes, los examina y nos los devuelve.

—Nadie me había dicho nada —comenta.

Sin añadir palabra, se aleja y sube por una escalera que conduce a la toldilla de popa. Se acerca a otro oficial de unos sesenta años, que nos mira de reojo.

—Debe ser el capitán —musita Teo—. Esperemos que él sepa algo.

—Qué extraño —comenta Xolotl—. Lleva bufanda y no hace frío. ¿Estará enfermo?

El oficial habla con él, pero este no abre la boca. Luego mueve la cabeza de arriba abajo, varias veces. El segundo viene a nuestro encuentro y nos dice que todo está en regla. Llama a un marinero y le ordena que nos conduzca a nuestro camarote.

—Vamos a zarpar con un poco de retraso —nos advierte.

Nuestro camarote está a babor, en la parte de popa, donde se suele instalar a los pasajeros, pues se nota menos el movimiento del buque. Desgraciadamente es también donde más se oyen los motores.

El camarote es bastante cómodo, pero se nota que hace tiempo que no lo ha ocupado nadie. Está claro que en el *San*

Cristóbal no suelen viajar pasajeros, pues los marineros, al vemos, nos miran extrañados.

En cuanto nos quedamos solos en el camarote, Teo, con voz indecisa, dice:

—Extraño barco y extraña tripulación… Creo que el *San Cristóbal* marcha tan mal como la Agencia Herre. ¡Un poco de retraso!… Ya veremos cuándo zarpamos…

Las barricas siguen en el muelle, así como un montón de fardos. Ya es casi de noche cuando empiezan a cargarlos. Levamos anclas de madrugada. El segundo ordena retirar la pasarela y largar las amarras. Los motores se aceleran y el *San Cristóbal* enfila la bocana del puerto, despacio…

* * *

Al día siguiente, doblamos la punta del Grave. Estamos ya en el Océano Atlántico.

No tardamos en integrarnos en la vida del barco. Comemos en el comedor de oficiales, con el segundo oficial y el sobrecargo, un marinero llamado Bresson, al que todos llaman El Bosco. Es el mismo que nos recibió cuando llegamos. Una silla permanece siempre vacía, en la cabecera de la mesa: la del capitán del barco.

—Está un poco pachucho —comenta el segundo.

Después del primer día, en que le vimos de lejos, en la toldilla de popa, no hemos vuelto a verle. Un marinero le lleva la comida a su camarote: platos ligeros que el cocinero le prepara. Suponemos que su enfermedad no debe ser grave, pero nadie comenta nada. Además, no hay ningún médico a bordo.

—Si estuviese muy enfermo no habría embarcado —observa Teo.

Pasamos el día leyendo y paseando por el barco. En un paquebote hay muchos sitios que no pueden visitar los

pasajeros, pero aquí no. Podemos pasear por donde queremos y si hay lugares prohibidos, lo ignoramos. Nadie nos impide circular por donde nos apetece, desde las toldillas hasta el puente de mando o la sala de máquinas.

Todo el mundo nos trata amablemente, desde «El Bosco» al último marinero. En cuanto al segundo, es también atento, pero habla poco y apenas le vemos; parece estar siempre triste y preocupado. Es Bresson el que suele permanecer en el puente, con el timonel. A veces incluso está solo, como si no le importase hacer el trabajo de otro.

El *San Cristóbal* ha navegado primero hacia el Oeste; luego ha puesto proa hacia el Sur, sin que por eso hayamos divisado las costas españolas.

—¿Te has dado cuenta? —me dice Xolotl—. No hemos visto nunca al segundo tomando la situación. ¿No te parece raro?

En efecto. Ni en el primer día, ni los sucesivos, le hemos visto calcular la posición del barco, con el sextante o por radio. Tampoco al «Bosco».

Y el capitán sigue sin salir de su camarote. ¿Cómo se orienta el *San Cristóbal*? Se lo preguntamos a Bresson, que, sin darle mayor importancia, responde:

—Eso no es cosa mía. Si el segundo me dice «rumbo al sudoeste», pico hacia el sudoeste. Eso es todo.

—Pero alguien tendrá que tomar la posición…

«El Bosco» hace un gesto vago y nos muestra el horizonte.

—Poniendo proa al sudoeste no arriesgamos nada. Además, el capitán pronto estará bueno.

Bresson no parece tener ganas de hablar, pero seguimos haciéndole preguntas. Vacila, pero, al final, nos contesta: «El segundo no ha estudiado nunca en una escuela de navegación. Ha hecho su carrera a bordo, empezando como

grumete Conoce a fondo la vida del mar, pero…». «El Bosco» vacila de nuevo y trata de cambiar de tema. A medias palabras, termina por decirnos algo que parece increíble: el segundo no sabe utilizar el sextante. ¡Es increíble!

Empezamos a inquietarnos y nos reunimos en el camarote para compartir nuestras preocupaciones a puerta cerrada. Tenemos un mapa náutico del Atlántico y tratamos de localizar la situación del barco.

—Desde que salimos del estuario del Garona hemos debido recorrer unas mil doscientas millas —dice Teo—. Debemos estar por aquí. —Y señala un punto en el mapa.

—¿Estás seguro? —pregunta Xolotl.

—No del todo. Pero siempre que he ido al puente he mirado el *loch* y la brújula. La velocidad del barco es más o menos constante…

Hago el mismo cálculo que Teo y llego a las mismas conclusiones. No debemos andar muy equivocados, pero Xolotl se muestra reticente.

—¿Hay alguna isla cerca? —pregunta.

—No. Las Azores deben estar a unas mil ochocientas millas y las islas de Cabo Verde más lejos. No creo que veamos ninguna isla en esta travesía.

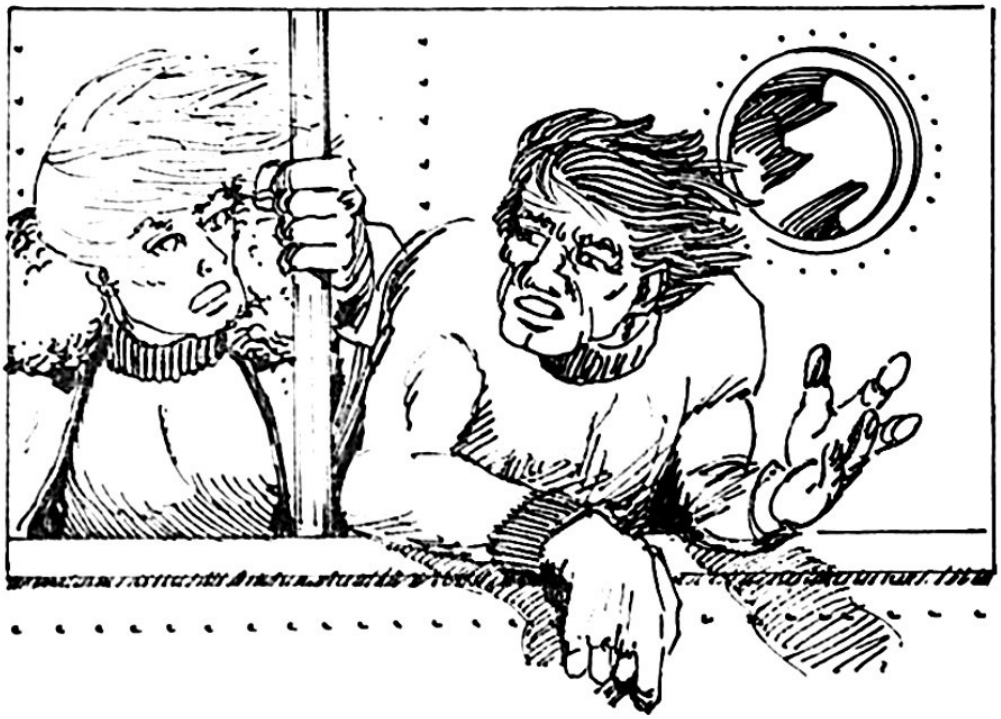
Xolotl se muestra preocupado. Se inclina sobre el mapa, prolonga la ruta que Teo acaba de señalar y dice:

—Vamos derechos hacia Cayena. Si no cambiamos de rumbo, nunca llegaremos a El Salvador.

—Tienes razón —afirma Teo.

Tras un minuto de silencio, Xolotl añade:

—Dios quiera que el capitán se restablezca pronto…



III

No se duerme mal en un carguero. El ruido y la vibración de los motores es constante, pero le envuelve a uno en un ronroneo sordo que facilita el sueño.

Cuando se produjo el choque, estaba profundamente dormido… El ruido me despertó y, enseguida, percibí un extraño roce, como si algo estuviese arañando el casco del buque. Xolotl también se ha despertado. Le oigo removerse en su litera y adivino enseguida que se ha incorporado.

—Hemos chocado —susurra.

Enciende la lámpara y salta de la litera. Sacude a Teo, que sigue durmiendo.

—Hemos chocado —repite—. Y acaban de pararse los motores…

Es cierto. ¿Qué habrá pasado? Miro mi reloj de pulsera: son las tres de la madrugada.

—Tenemos que ir a ver lo que pasa —dice Teo, frotándose los ojos.

Aunque ha sido el último en despertarse es el primero en ponerse en movimiento. Abre la puerta y abandona el camarote, que da al puente de mando. Xolotl vacila un poco y luego sale tras él. Yo le sigo.

Ya estamos los tres fuera, en pijama. Varias lámparas iluminan el puente con luz débil, pero no vemos nada anormal. La noche es serena, brillan las estrellas y el mar está en calma. Nada hace presagiar una catástrofe.

—Parece que nadie se ha despertado… —comenta Xolotl.

Cambiamos impresiones y tomamos una decisión. Nos vestimos aprisa y, al salir de nuevo al puente, nos encontramos con Bresson, que viene de la sala de máquinas.

—¿Qué ha ocurrido, «Bosco»? —le pregunta Teo.

—El maquinista ha oído un choque y ha parado los motores —dice—. Yo estaba dormido y no he sentido nada.

Se nota que, en efecto, acaba de despertarse y que no ha terminado de vestirse. Está muy nervioso y comprendemos que la cosa debe ser grave, pero ¿cómo saberlo?… El puente está muy mal alumbrado y apenas se ve a pocos metros de distancia. El cielo se ha cubierto y en el mar no se distingue nada. Si hemos chocado contra algo, no hay manera de verlo.

—Voy a subir a la toldilla —dice Bresson.

Le seguimos y vemos que el timonel se ha quedado dormido, apoyado en el gobernalle. «El Bosco» le sacude violentamente por los hombros y le grita, furioso:

—¡Despierta, estúpido!

Bresson hace ademán de darle una bofetada, pero se detiene de pronto y se encoge de hombros.

—Este no se ha enterado de nada —masculla—. Y pensar que el segundo tenía que estar aquí, de guardia…

Vuelve a bajar al puente, se abre de piernas y otea el horizonte.

—El maquinista era el único que estaba despierto. Me ha dicho que ha sentido el choque a estribor, y así ha debido ser, pues el barco se inclina de ese lado… Mala señal.

Baja deprisa por una escalera que conduce a las bodegas y nosotros le seguimos, pero no llegamos muy lejos. Bresson se detiene antes de llegar al fondo y nosotros también, pues el pasillo es muy estrecho. Además, vemos el agua que cubre los fardos apilados en la bodega.

—¡Maldición! —gruñe Bresson—. ¡Una vía de agua!

—¿No hay bombas? —pregunta Teo.

—Claro que las hay. Pero si la vía de agua es grande será imposible achicarla… ¡Vamos, deprisa! Tengo que avisar al segundo.

Subimos y Bresson aporrea la puerta de su camarote. El segundo la abre, escucha lo que dice el sobrecargo y decide evacuar el barco.

—Echad las chalupas al agua. Comenzad por la de babor —ordena.

—Va a ser imposible —responde Bresson—. El barco se escora de estribor…

—¡Intentadlo, diablos! —insiste.

Comprendo su insistencia. Si no se pueden lanzar al agua las dos chalupas —la de babor y la de estribor—, en una no cabremos todos.

Los marineros ya se han despertado, y obedecen. Retiran la funda que envuelve el bote, sueltan las cuñas y empiezan a

maniobrar en las servidoras. Al principio, todo va bien, pero de pronto algo se bloquea. Los marineros tiran de los cabos, nerviosos y «El Bosco» les anima. Tras cinco o seis intentos, desisten. Bresson se vuelve hacia el segundo oficial.

—No hay nada que hacer —farfulla.

—Está bien —responde el segundo—. Lanzad la otra chalupa.

«El Bosco» y los marineros se dirigen a estribor y empiezan a hacer la maniobra, que se ve coronada por el éxito; el segundo observa, en silencio. No parece preocupado, pero está más cariacontecido que nunca. Teo se acerca a él y le pregunta:

—¿Cuántos hombres caben en la chalupa?

—Unos doce.

Teo no comenta nada, pero mira a los marineros y empieza a contarlos. Yo los cuento también y veo que son nueve, incluido el timonel. Si se añaden el sobrecargo, el capitán y el segundo, suman doce… ¿Qué va a ser de nosotros? A nadie parece preocuparle…

El agua continúa llenando las bodegas y el barco comienza a hundirse de proa y de costado.

Transcurren unos minutos. Luego, el segundo se acerca a la baranda y se inclina para ver cómo están las cosas.

—Dentro de media hora —dice—, todo habrá terminado.

Está tranquilo, tan tranquilo como si no pasase nada.

Los marineros prosiguen su tarea. Han hecho pivotar las serviolas y el bote de salvamento, suspendido de las poleas, oscila a dos o tres metros del agua.

—Comprobad si los víveres se conservan en buen estado —ordena el segundo.

«El Bosco» salta a la chalupa y comprueba que, en efecto, todo está en orden. Mientras le contemplo, pienso en la distancia que nos separa de las islas más próximas, las Azores: ochocientas millas, tal vez más… ¿Cuánto tiempo se tardará en llegar en un bote de remos?… Xolotl me mira, consternado, y adivino que está pensando lo mismo…

En ese momento el segundo da una orden:

—¡Id a buscar al capitán!

Minutos más tarde, aparece en el puente, sostenido por dos marineros. Al ver que todos dirigen hacia él su mirada, trata de erguirse y de dar unos pasos solo. Luego, le ayudan a saltar al bote y colocan un cofrecillo a su lado, que debe contener los documentos del barco, y tal vez dinero.

El segundo se dirige ahora a nosotros:

—En principio, los pasajeros deben ser los primeros… ¡Adelante!

—Pero en la chalupa solo caben doce, y somos quince… —observa Teo.

—Tenéis preferencia —insiste el segundo—. «El Bosco» montará en el esquife, con dos marineros. A menos que…

—¿Que qué?…

—… que lo utilicéis vosotros, si os apetece.

El esquife es una canoa pequeña que se utiliza cuando el barco tiene que fondear fuera de puerto, o alejado de los muelles.

—Os suministraríamos víveres y agua dulce, claro, y tendríais que seguirnos…

Teo responde sin vacilar:

—De acuerdo. Iremos en el esquife.

—Está bien. Es la mejor solución, si no tenéis miedo. Os ayudaremos a echarlo al agua.

—No hace falta —responde Teo.

Tengo la impresión de que Teo se está pasando, pero me callo. Él sabrá lo que hace…

La proa del *San Cristóbal* sigue hundiéndose. Las olas ya lamen el puente, por estribor. El esquife está colocado sobre un soporte especial con una polea para lanzarlo al mar. Me acerco para ver cómo se maneja, pero Teo me detiene.

—No hace falta lanzarlo —asegura—. Bastará con soltarlo. Se pondrá a flotar cuando lo alcance el agua…

—¿Y si el barco se hunde de pronto?… Pueden formarse remolinos y hacernos zozobrar…

—Debías saber que eso no sucederá —responde Teo, sonriendo con ironía—. ¿De qué te sirve descender de un vikingo?

Es verdad. Tengo un antepasado vikingo y no sé nada de navegación… Teo me lo recuerda de vez en cuando, para hacerme rabiar.

Nos ponemos manos a la obra mientras la tripulación va ocupando la chalupa. El segundo sube el último y enseguida, empieza a manejar las poleas. La chalupa desciende lentamente y el segundo nos grita:

—¿Todo va bien?

—Sí —responde Teo—. No hay problemas.

Sabemos que nos bastará con seguirlos, pero no dejo de estar inquieto.

La chalupa ya se mece en el mar y los marineros colocan los remos en los toletes. Y. de pronto, oímos un ruido espantoso bajo nuestros pies. Son las barricas que ruedan por la bodega.

—No esperemos más —dice Xolotl.

Da la impresión de que el carguero se hunde sin remedio. Miro alrededor y veo que los marineros empiezan

a remar, al unísono, para alejar el bote del *San Cristóbal*. «El Bosco» nos grita con todas sus fuerzas:

—¡Daos prisa! Cuando el barco se hunda habrá remolinos.

Las lámparas que alumbran el puente se han apagado. Teo enciende una linterna y continuamos soltando el esquife. El agua nos cubre ya los tobillos, pero el mar está en calma.

—¡Ya está! —exclama Teo.

El esquife queda libre. Montamos en él, luego comienza a flotar. Colocamos los remos en su sitio y empezamos a remar, lo más deprisa posible.

—Ya hay remolinos —observa Xolotl.

La popa del *San Cristóbal* comienza a emerger del agua. Empieza a amanecer y el cielo está gris. Vemos la masa oscura del carguero a unos veinte metros. Remamos con energía, Teo y yo, mientra Xolotl contempla el barco, que se hunde lentamente.

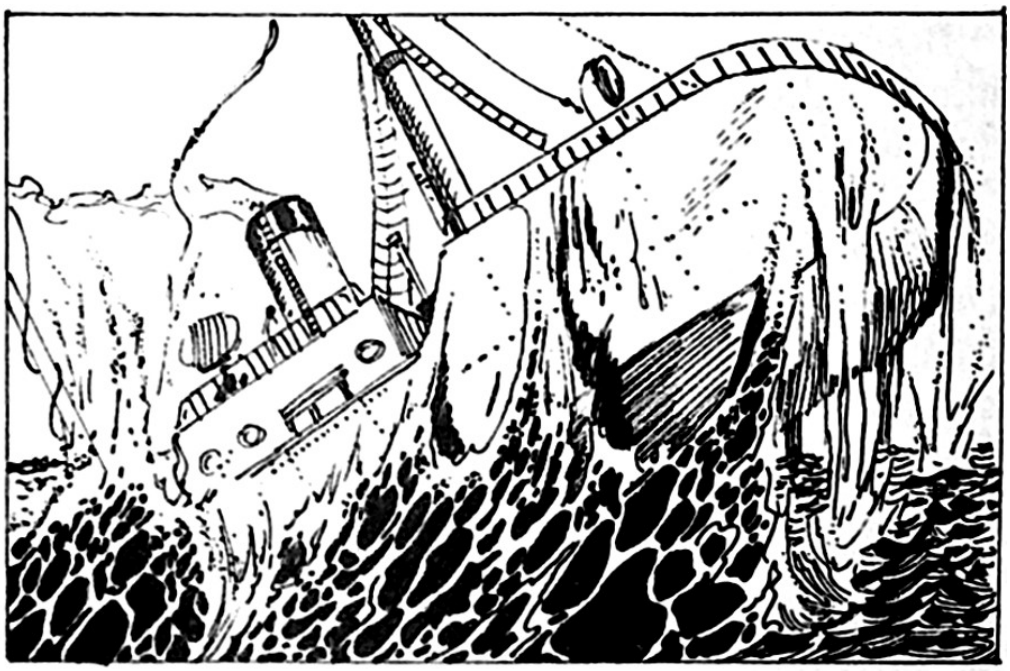
—¡Qué pena! —comenta Xolotl—. Tantas barricas de vino en el fondo del mar… Los peces van a coger una borrachera…

Seguimos mirando, sin cesar de remar. No todos los días se es testigo de un naufragio… La popa del *San Cristóbal* emerge cada vez más. Las hélices y el timón ya están fuera del agua. Oímos el estruendo que hacen las barricas al precipitarse unas sobre otras en el vientre del navío. Sigue aclarando y se ve un poco mejor.

—Ya le queda poco… —comenta Xolotl.

Ahora estamos a unos cien metros del carguero, que permanece casi vertical. De pronto, empieza a hundirse, primero despacio y luego a gran velocidad. Hemos dejado de remar, para verlo desaparecer en medio de un gran

remolino. Divisamos la chalupa, mecida por el mar, a unos doscientos metros. Todo se acabó.



IV

Seguimos mirando, pero ya no quedan más que torbellinos en la superficie del mar y algunos restos del naufragio. El *San Cristóbal* se ha hundido sin remisión. Guardamos silencio durante un largo rato, hasta que lo rompe Teo.

—Qué absurdo es todo esto… —dice a media voz.

El *San Cristóbal* era un trasto viejo, solo bueno para chatarra, pero eso no quiere decir nada. ¿Y el capitán? ¿Y la tripulación?… Este naufragio no tiene explicación.

Los de la chalupa han dejado de remar y otean el horizonte, como nosotros. Algunos se han puesto de pie. Luego, vuelven a los remos. No pueden quedarse donde están, y nosotros tampoco.

—¿En marcha?…

Bogamos tras ellos, claro. ¿Qué otra cosa cabe hacer? Teo empuña un remo y yo otro. De pronto, Xolotl exclama:

—¡Mirad! Mirad…

Miro y no puedo creer lo que estoy viendo. La chalupa, delante de nosotros, se ha vuelto como translúcida. Sigue navegando, pero se difumina cada vez más.

—¿Estoy soñando? —exclama Teo.

Seguimos mirando al mar, incapaces de reaccionar. Los marineros continúan remando, pero parecen fantasmas en una chalupa fantasmal que se desvanece lentamente. No hay niebla. El tiempo es excelente y veo el horizonte por detrás de la chalupa. ¿Me estaré volviendo loco?

—No… no es posible —musita Xolotl—. Debe ser una…

No acaba la frase. Nos mira, con las pupilas dilatadas por el pasmo… Pero no: no nos mira a nosotros: contempla algo que debe haber detrás. Nos volvemos Teo y yo, y… vemos una isla que ha surgido del mar. Hace unos minutos no estaba allí, eso está claro, y ahora se perfila en el horizonte a unos ochocientos metros de distancia…

—Teo… Teo —balbuce Xolotl—. ¿No decías que no había islas en esta zona del mar?

—Y lo repito. No figura ninguna isla en el mapa. Estoy seguro.

—Entonces, ¿eso qué es?

—No lo sé. La veo, como tú, pero no me lo puedo explicar.

—¿Y cómo es que ha desaparecido la chalupa?

—Tampoco lo sé… Y no me preguntes más.

Tampoco yo entiendo nada. Es increíble: un bote que se desvanece en el mar y una isla que no figura en los mapas…

Me siento incapaz de encontrar una explicación. Y Teo también, a juzgar por la expresión de su cara.

—¿Qué hacemos? —pregunta Xolotl, que parece haber recobrado la calma—. ¿Tratamos de alcanzar a los de la chalupa o remamos hacia la isla?

Teo vacila, antes de responder, y yo también. Desconocemos por qué ha desaparecido la chalupa y no sabemos qué ha sido de ella. ¿Nos pasará lo mismo si la tratamos de alcanzar? ¿Nos disolveremos en el aire, como una aparición?…

—No, no buscaremos la chalupa —afirma Teo de repente—. Nos dirigiremos a la isla.

Evidentemente, no hay otra posibilidad, Cuando uno naufraga y encuentra una isla, no se pasa de largo, aunque no figure en los mapas.

Así pues, tomamos los remos, damos media vuelta y enfilamos la isla, que se parece mucho al Monte Saint-Michel, aunque es más grande, mucho más. Parece una montaña surgida del océano, con un palacio en lo alto y una ciudad que desciende por las laderas hasta el borde del mar.

—Insisto en que no hay islas en esta zona del Atlántico —murmura Teo.

Lo ha dicho entre dientes, y, al parecer, sin esperar respuesta.

Sigue clareando, pero al mismo tiempo por los cuatro puntos cardinales, sin que por el Este sea mayor la claridad. No reparamos en ello porque, de momento, la isla reclama toda nuestra atención. Está rodeada de una alta muralla con almenas, como los castillos antiguos, y la ciudad parece reposar.

Estamos ya a unos doscientos metros de la isla, y la muralla que la protege se encuentra en perfecto estado de conservación. Está construida sobre un acantilado lleno de

arrecifes, batidos por el mar. Es con uno de esos arrecifes con los que *San Cristóbal* ha debido chocar. Más tarde sabremos que estamos al Sur de la Isla y que estos arrecifes son conocidos como los del Mediodía.

—¿Encontraremos un puerto, una rada o algo así? —pregunta Xolotl.

—Me parece que no —responde Teo—. Debe ser una fortaleza inexpugnable…

Navegamos contorneando la muralla, a unos quince o veinte metros de distancia y, de pronto, descubrimos una calita al abrigo del oleaje. Nos aproximamos y distinguimos una escalera labrada en la roca que llega hasta la base de la muralla.

—¿Lo ves, Teo? —Exclama Xolotl—. ¡Eres un cenizo!

Amarramos el esquife a un anillo de bronce empotrado en el muro y desembarcamos. Es asombroso: estamos en una isla que no figura en las cartas de navegación y de la que ignoramos todo. ¿Será una isla como las demás?…

—¡Ohé!… ¡Ohé!

Alguien nos llama desde lo alto de la muralla.

Se asoma entre dos almenas y agita los brazos para llamar nuestra atención. Es un hombre de unos setenta años, con el pelo gris. Nos ve alzar la vista hacia él y grita:

—*Unde advenistis, viatores?*

Nos miramos, atónitos. Esperábamos cualquier cosa menos esto.

—¡Habla en latín! —exclama Xolotl—. ¿Os dais cuenta?

Así es. Durante nuestro viaje a la antigua Roma, hemos tenido ocasión de aprender a hablar en latín, así que hemos comprendido al anciano… Pero ¿por qué habla en latín?

Subimos por la escalera y yo voy el primero, seguido de Teo y de Xolotl, pues es muy estrecha. Al llegar arriba, me

aguarda otra sorpresa el anciano viste una especie de toga, como la d los senadores del Imperio romano.

Se producen unos instantes de tensión. Miro al anciano sin pronunciar palabra, asombrado, y él me mira con insistencia, como si algo le sorprendiese de mí. ¿Será mi pelo rubio? Creo que si…

Reacciona súbitamente y se presenta con cortesía:

—Me llamo Angorius —dice, haciendo una sutil reverencia.

—Y yo Sergio…

Empieza a hablar en latín y le respondo en la misma lengua. Le presento a mis camaradas, latinizando sus nombres: Theobaldus, Xolotlus… (Yo me llamaré Sergius). A continuación le cuento brevemente cómo hemos naufragado y hemos alcanzado la pequeña cala. Angorius me escucha impertérrito, como si mi relato no le sorprendiese. No hace ningún comentario y, al cabo de unos instantes, Xolotl le pregunta:

—¿Cómo se llama esta isla, señor Angorius?

—¿Has oído hablar de la Atlántida? —responde el anciano con sonrisa enigmática.

Xolotl responde que no. Entonces, Angorius le cuenta una antigua leyenda:

—Al principio del mundo, Neptuno hizo surgir un continente del fondo del océano, lejos de Europa y de toda tierra habitada. Lo llamó la Atlántida y se lo legó a sus descendientes. Durante milenios, los atlantes dominaron a muchos otros pueblos, y se volvieron sumamente orgullosos. Tanto, que el mismo Neptuno se sintió agraviado…

El anciano hace una pausa y luego prosigue su relato:

—Así que dio rienda suelta a su ira y castigó a los atlantes. En un día y una noche terribles, hundió el continente entero en el océano. La tierra tembló, entre furiosas tempestades, y las aguas del mar lo cubrieron todo.

Al concluir su relato, Angorius abre los brazos, como si quisiera abarcar toda la isla.

—Esta ciudad es la única que logró sobrevivir al hundimiento —dice—. La única que se salvó de la catástrofe… Estáis en Poseidonis, la capital de la Atlántida.

V

Angorius vive cerca de los arrecifes del Sur. Duerme poco y se suele despertar antes de que amanezca. Entonces se viste, sale de su casa y va a pasear por lo alto de las murallas, contemplando el mar. Por eso fue el primero en vernos llegar y en acogernos en la isla. Como es una buena persona, nos invita a alojarnos en su casa, con toda sinceridad.

—No es grande —dice—, pero dispongo de sitio en la buhardilla…

En realidad es muy pequeña. La buhardilla en que nos instala apenas tiene capacidad para tres colchonetas. Estaremos un poco incómodos, pero aceptamos, porque creemos que rehusar su invitación le ofendería.

Ya he dicho que Poseidonis, aunque más grande, se parece bastante al Monte Saint-Michel. Lo que nos llama la atención enseguida es la grandiosidad y belleza de los

edificios. Los hay de muy diferentes estilos y de distintas épocas, aunque el estilo predominante es el grecorromano, con sus pórticos y sus imponentes columnatas. En realidad, toda la ciudad parece vivir «a la romana».

—Hablamos latín desde hace dos mil años —nos explica Angorius—. Adoptamos esa lengua cuando Roma dominaba el mundo, y la hemos conservado, así como los trajes y las costumbres…

Como hace solo un año que hemos regresado de la Roma imperial, tras uno de nuestros viajes a través del tiempo, no tardamos en acostumbrarnos a este ambiente. Hablamos en latín, y Angorius nos entiende. A Teo le cuesta un poco más comprenderle, pero le traducimos lo que dice.

Cada día descubrimos nuevas cosas en Poseidonis. Angorius nos acompaña en nuestros paseos por la ciudad, siempre que puede. Con frecuencia se queda en casa, ocupado en una tarea que ignoramos.

Hoy nos ha llevado a los subterráneos de la ciudad por una larga escalinata que nos conduce hasta muy por debajo del nivel del mar.

—Voy a enseñaros los sótanos del antiguo palacio real —nos dice Angorius—. Están abandonados desde que se construyó el Palacio Nuevo, en lo alto de la isla, pero son muy bonitos y se puede pasear por ellos…

Las escaleras por las que descendemos están iluminadas por unas llamitas tenues que proyectan una luz amarilla… No, me equivoco: no son llamitas, sino globos de cristal iluminados por dentro.

—¿Qué luz es esa? —le pregunto a Angorius.

El latín que aprendí en la Roma imperial es el que se habla en la época de Trajano, pero con el transcurso de los siglos, los atlantes han inventado otras palabras. Angorius lo sabe y me explica lo que esas palabras quieren decir. Las

aclaraciones que me hace hoy son bastante confusas, pero acabo comprendiendo que se trata de luz eléctrica. Eso me sorprende. ¿Estarán los atlantes más adelantados de lo que parece?…

Así es, en efecto. Han construido, en las entrañas de la isla, una sofisticada central eléctrica que extrae la energía del movimiento del mar… Al menos eso es lo que deduzco de las explicaciones de Angorius.

Descendemos por otra escalera y, siguiendo una larga galería subterránea, llegamos a una enorme piscina de mármol blanco, llena de un agua transparente y limpia.

—Ese estanque tiene tres mil años —nos dice Angorius — y está a cien toesas por debajo del nivel del mar.

Me quedo boquiabierto. Quien haya visitado alguna vez una mina, se dará cuenta de lo que siento. Yo he visitado una con mi padre y no podía apartar de mi pensamiento que teníamos toneladas y toneladas de tierra sobre nuestras cabezas… Pues bien, lo mismo me sucede hoy, mientras contemplo este soberbio estanque…

De pronto, aparece un grupo de hombres al otro lado del aljibe. Por única vestimenta, llevan sujeto a la cintura un lienzo de tela burda; delante va un guardia bien armado. Contornean la piscina, a paso de marcha, y salen por la galena que nosotros hemos utilizado para llegar aquí. Al pasar a nuestro lado, algunos nos miran de reojo, pero ninguno osa decir nada. Oímos sus pasos, al alejarse.

—Son esclavos —explica Angorius, sin darle la menor importancia.

Xolotl y yo miramos. Sabemos lo que significa ser esclavo porque lo hemos sido y hemos vestido y comido como ellos.

—Viven en las profundidades de la isla, donde trabajan, y no salen nunca a la superficie. Muchos de ellos no han visto nunca la luz del día.

Empiezo a sentirme incómodo y vuelvo a mirar a Xolotl. Parece que va a decir algo, pero opta por callarse.

Visitamos varias salas más, pero sigo pensando en los esclavos y no me fijo en nada. Luego subimos por una escalera que nos lleva a la superficie. Hago algunas preguntas para olvidarme del tema.

—Dinos, Angorius: nos dijiste que la Atlántida se había sumergido en el océano, pero que Poseidonis se había salvado…

—Así es, Sergius. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque ignoro las razones por las que sobrevivió.

Angorius me mira, desconcertado, como si mi actitud fuera estúpida. Por fin, dice:

—Es muy sencillo, Sergius. Nuestros sabios habían previsto la catástrofe. Sabían que la Atlántida iba a hundirse en el mar e hicieron todo lo posible para impedir que a Poseidonis le sucediera lo mismo.

Ahora soy yo el sorprendido. ¿Qué quiere decir Angorius con lo que ha dicho?…

* * *

No es nada fácil encontrarse de repente en un mundo en el que hay que descubrirlo todo, que aprender todo. Pasamos el día dando vueltas por la ciudad, como buscando algo, pero sin saber el qué. La gente nos mira y a veces nos interpela, pero casi siempre pasa de largo…

—A quien más miran es a ti —dice Xolotl.

Ya me he dado cuenta. Me contemplan con extrañeza y luego vuelven la cabeza bruscamente. También Angorius me observó así, el primer día.

—Debe ser por el color de mi pelo. No encuentro otra explicación…

Todos los habitantes de la isla tienen el pelo negro, mientras que el mío es de un rubio intenso. Pero ¿por qué vuelven la cabeza como asustados?

No he dicho todavía que la isla es más grande de lo que parece. Tiene forma de elipse, cuyo eje principal está orientado de Norte a Sur. Al principio solo visitamos la ciudad, ubicada muy cerca de los arrecifes del Sur, pero luego hemos descubierto que el norte de la isla está cubierto de huertas, pastos y campos de cereales. Se explota hasta el último metro de tierra, pues es preciso alimentar a los cien mil habitantes de la isla.

A pesar de nuestros vagabundeos por la ciudad, no hemos aprendido gran cosa. Es Angorius el que mejor nos informa. En una ocasión, le he preguntado por qué Poseidonis no figura en los mapas y me ha respondido que los atlantes no quieren que figure. «Hemos resuelto vivir nuestra propia vida y permanecer al margen de lo que sucede en el mundo…».

—Pero ¿cómo nadie ha descubierto que existe? —insisto —. Habrá barcos y aviones que pasen cerca…

—No importa. Nadie la ha descubierto y nadie la descubrirá nunca.

—Pero ¿cómo es posible?

—Los atlantes nos iluminamos con una clase de luz que no es visible para los demás hombres.

—No lo entiendo, Angorius…

—¿No has observado que el sol no brilla nunca en la isla?

El desconcierto me deja mudo. Desde que llegamos a la isla no hemos dejado de observarlo todo, pero no se nos ha ocurrido mirar al cielo…

Angorius tiene razón. No brilla el sol durante el día y, de noche, el cielo sigue resplandeciendo débilmente. No se ve la luna, ni las estrellas, pero todo está envuelto en una luz tenue.

—Pero… ¿por qué sucede eso?

—Porque tenemos una luz propia, ya te lo he dicho. Se produce en una fábrica situada en lo alto de la isla, cerca del Palacio Nuevo. Cuando la gente se refiere a ella habla simplemente de «la fábrica» y todo el mundo lo entiende… ¿Te has fijado en ella?

—Sí, la he visto…

—Pues bien, allí es donde se produce. Es una luz semejante a la del sol, pero con una cualidad distinta…

¿Qué cualidad, Angorius?

Su respuesta es de lo más complicada y me parece que Angorius se embrolla un poco. Me cuesta comprender ciertas palabras, pero sospecho que se trata de una luz desfasada, de una longitud de onda distinta a la del sol. Iluminada por una luz así, la isla se torna invisible, excepto para los alumbrados por ella. Algo verdaderamente increíble…

—La fábrica no solo ilumina la ciudad, sino también el cielo y el mar alrededor de la isla, a una distancia de unos tres mil pies.

Nos miramos, Xolotl, Teo y yo. Ahora comprendemos lo que ha pasado tras el naufragio del *San Cristóbal*, cuando la chalupa desapareció ante nuestras narices… Recuerdo todo con detalle… Sí, se fue desvaneciendo a medida que salía del campo luminoso de la isla. En ese momento, los que iban en la chalupa debieron dejar de vernos, como nosotros a ellos, y nosotros empezamos a ver la isla, iluminada por su luz propia…

—¿Hace mucho que os alumbráis con esa luz? —le pregunta Teo a Angorius.

El anciano hace un gesto vago, como si evocara algo muy lejano.

—No lo sé —responde—. Unos quinientos años, calculo. Tal vez más.

Volvemos a cruzar nuestras miradas, asombrados. ¡Están supercivilizados, estos atlantes!

Teo vuelve a preguntar:

—Y si un barco en ruta topa con la isla, como ha sucedido con el nuestro, ¿qué hacéis con él?…

—Eso no había sucedido nunca, hasta ahora…

—¿Por qué?

—Porque hemos modificado el campo magnético alrededor de Poseidonis. Las brújulas derivan al aproximarse a la isla y los barcos nunca pasan cerca…

Pienso en nuestro naufragio. Si el timonel no se hubiese quedado dormido, el *San Cristóbal* jamás hubiera chocado con los arrecifes del Sur.

VI

Todas las noches tenemos un rato de charla con Angorius. Un día, le hablo del palacio colosal que domina la ciudad desde lo alto de la montaña.

—Es el Palacio Nuevo. Allí vive nuestro rey…

Voy a preguntarle cómo se llama, pero me callo, porque veo que tiene intención de seguir hablando.

—No os he contado todo sobre el origen de la Atlántida, Sergius. Os dije que Neptuno la hizo surgir de las aguas para dársela a sus descendientes, pero no te he hablado de Tenes… ¿Has oído ese nombre alguna vez?

—No, Angorius.

—Tenes es el hijo de Cycnos, que era a su vez hijo de Neptuno y de una mujer mortal llamada Calycea. Fue a Cycnos a quien Neptuno donó la Atlántida.

—Entonces, ¿el que habita ahí arriba es un descendiente de Tenes?

—No, Sergius. No lo has entendido. Es el mismo Tenes, el nieto de uno de los doce dioses del Olimpo. La sangre de Neptuno corre por sus venas. Es un semidiós el que reina la isla…

Mi sorpresa es tal que no oso hacer más preguntas. Pero Angorius sigue hablando…

—No es un rey como los demás. Procede del Olimpo y, como es un semidiós, hay que postrarse de rodillas ante él.

—¿Y cómo es, Angorius?

—Altivo y lejano. Dicen que cuando se enfada es terrible y destruye cuanto cae en sus manos… Dicen

también que es capaz de matar con la mirada.

—¿Le has visto alguna vez, Angorius?

—Una vez, de lejos, cuando era joven… Hace más de cincuenta años.

—¿Has estado en su palacio?

—No, Sergius. Nadie puede entrar en el Palacio Nuevo si el rey no lo llama… Le vi un día que visitaba la ciudad. Le gustaba disfrazarse y mezclarse con la gente, sin darse a conocer…

Angorius se calla súbitamente, como si pensara que ya ha hablado demasiado. Mira alrededor, como para asegurarse de que estamos solos, y continúa hablando.

—Pero hace más de veinte años que nadie le ve. Dicen que no quiere salir del Palacio Nuevo y que ya no lo abandonará. Algunos incluso cuentan cosas extrañas en secreto, cosas que está prohibido comentar…

—¿Qué cosas, Angorius?

—Que Tenes está muerto… Incluso que no ha existido nunca, que es una leyenda…

* * *

Una vez en la buhardilla, solos los tres, hablamos de Tenes antes de acostarnos.

—¿Crees que es verdad esa historia del semidiós? —me pregunta Teo.

—No desde luego. Es una leyenda, y nada más. Nadie se lo debe creer y estoy seguro de que Angorius tampoco… Sin embargo, creo que siempre hay algo de verdad en los antiguos mitos…

Teo reflexiona unos segundos y luego dice:

—En este caso, pienso que lo único que puede ser verdad es una cosa…

—¿El qué? —pregunta Xolotl.

—Que Tenes está muerto. Según Angorius, hace veinte años que nadie le ha visto…

Pienso en ello: ¿habrá existido alguna vez? ¿Estará realmente muerto?… Lo dudo. Algo me dice que Teo se equivoca. Sea o no un semidiós, creo que existe, y me gustaría conocerlo, aunque no me apetece nada arrodillarme en su presencia… Les expongo mis dudas y añado:

—Si existiera, ¿os gustaría arrodillaros ante él?

—No, pero lo haría —responde Teo—. Si esa es la costumbre…

—Y yo también —afirma Xolotl—. No iba a morirme por eso… Además, sería lo más prudente. Recuerda lo que ha dicho Angorius… que puede matar con la mirada.

Teo me mira a los ojos.

—¿Y tú, qué harías? —dice, bruscamente.

—No sé qué decir. Tendría que verle, a ese Tenes, para dar una respuesta.

—Vamos, dilo.

—No lo sé, Teo.

Ya he contado cómo, al llegar a la isla, desembarcamos en una pequeña cala situada al pie de las murallas, y cómo atamos el esquife junto a una escalera labrada en la roca. Al principio creímos que los barcos que hay en la isla utilizaban esa ensenada, pero Angorius nos ha hecho salir de nuestro error llevándonos al Puerto del Oeste. Es un puerto enorme, con una vasta rada protegida por dos largos malecones que se adentran en el mar.

—Tiene más de cuatro mil años —dice Angorius.

Pero no es el puerto lo que más nos asombra. Son los barcos que hay en él: más de un centenar, todos diferentes y

de distintas épocas, que constituyen un auténtico museo flotante.

—Sí, es un museo. Angorius nos lo confirma.

—Estos navíos son algunos de los que los atlantes han utilizado a lo largo de cuatro mil años…

Frente a nosotros vemos una fragata que debe ser del siglo XVIII armada con sesenta cañones; a su derecha, un galeón del siglo XVII y a su izquierda una carabela. Más allá, hay una trirreme de la época romana y un poco más lejos una galera fenicia. Angorius nos deja contemplarlo todo durante un buen rato y luego dice:

—Cuando se sumergió nuestro continente, los marinos atlantes extendieron nuestra civilización por todos los océanos. Llegaron a África, a Oceanía, al Nuevo Continente…

Nos muestra otros navíos de extraña factura, tan antiguos que nadie los conoce, y nos cuenta su historia…

—Fueron los atlantes quienes enseñaron a los egipcios a construir las pirámides, y también a los mayas. Ellos alzaron la fortaleza incaica del Machu Pichu, plantaron el gran circo

de piedra de Stonehenge y las esculturas de la isla de Pascua… Todas las grandes construcciones que los historiadores no se explican son obra suya…

En un rincón del puerto vemos una nave vigilada por una docena de guardias. Tiene forma de tiburón y parece hecha de bronce. No es un barco antiguo, sino modernísimo.

—Es el *Tritón* —nos explica Angorius—, el navío personal de Tenes. Es más rápido que ningún otro buque y puede hacerse invisible. Quien navega en él es invencible.

Empiezo a comprender que los atlantes tienen un poderío inmenso. Estoy seguro de que Angorius no exagera. Incluso pienso que no dice todo lo que sabe. Adivino que no quiere mencionar ciertas cosas, que nos parecerían increíbles. ¿Las averiguaremos algún día?

Xolotl me da un codazo sin ser visto. «Mira cómo están amarrados los barcos», me susurra al oído.

A primera vista no noto nada raro, pero fijándome más, descubro lo que ha sorprendido a Xolotl: todos están amarrados «corto», como si estuviesen al borde de un lago, de tal forma que les debe ser imposible subir o bajar con la marea. Me vuelco hacia Angorius y se lo hago notar. Me mira asombrado.

—¿La marea? —dice—. ¿Qué es eso?

Su expresión es tal que parece que le he hecho una pregunta absurda. Se queda mudo durante unos segundos y luego dice:

—Ya, ya sé a lo que te refieres… Al flujo y reflujo de las aguas al borde del océano, ¿no es eso? Me han hablado de ello algunos marineros, pero en Poseidonis no existe eso.

Miro el malecón de piedra buscando una señal que indique que las aguas suben y bajan, pero no encuentro

ninguna. Angorius no me ha mentido: en Poseidonis no hay mareas. ¿Por qué?…

* * *

Al regresar a casa de Angorius, hemos estado charlando largo rato en la buhardilla (en voz baja, porque el anciano es bastante cotilla). Y cosa extraña, es Xolotl quien habla el primero.

—Nos tienen atrapados —dice—. No estamos entre rejas, ni nadie nos vigila, y, sin embargo, somos prisioneros.

Es cierto. Nadie nos impide huir, pero estamos en medio del Atlántico, a ochocientas millas de las Azores. Si nos echáramos al mar, con el esquife, ¿acaso llegaríamos?

—No llegaríamos nunca —dice Teo, como si me hubiera adivinado el pensamiento—. Necesitaríamos mucha más agua y muchas más provisiones de las que caben en el esquife.

Xolotl no responde enseguida, pero me doy cuenta de que ya él ha previsto esa objeción.

—De acuerdo —dice por fin—. No podemos huir en el esquife, desde luego. Pero podemos apoderarnos de otro barco. De uno que es el más rápido del mundo…

—¿Te refieres al *Tritón*? —pregunta Teo.

—Sí.

—¿Te has vuelto loco? ¿No has visto cómo está protegido?

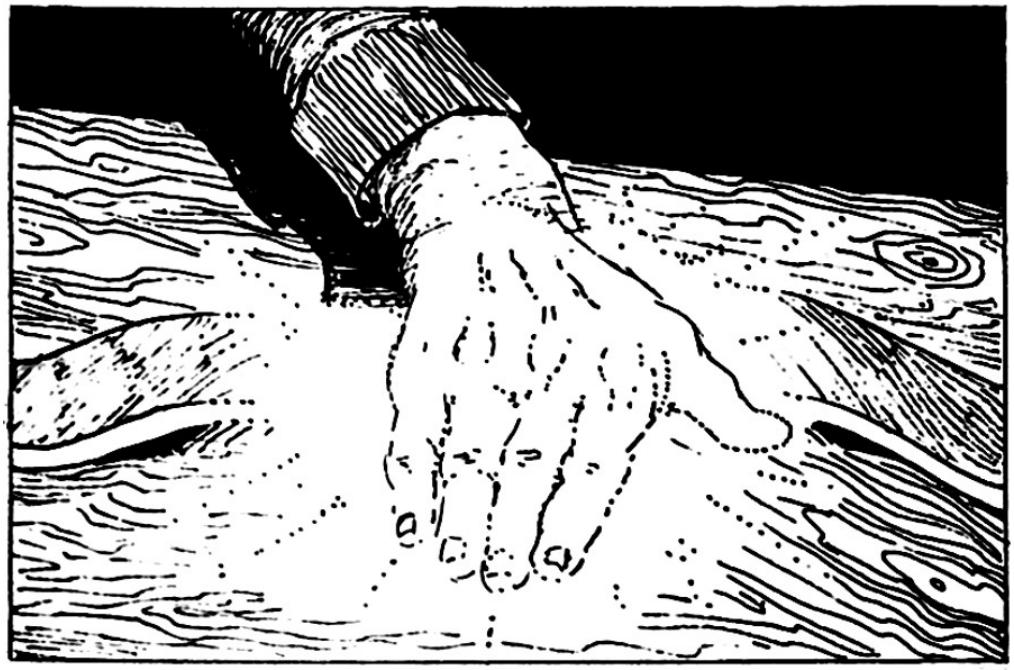
Xolotl se encoge de hombros.

—Iremos de noche. Los guardias tal vez estén dormidos…

—Eso es lo que tú imaginas… Pero no es solo eso. Supón que logramos penetrar en el *Tritón*.

¿Sabes cómo se tripula?… Yo no, desde luego…

Esta vez, Xolotl enmudece. Se ha dado cuenta de que es imposible. Será preciso planear algo distinto…



VII

Al día siguiente, Angorius nos enseña un cofrecillo de madera de encina, finamente labrado.

—Sé que os gustan las cosas antiguas —dice—. Este cofre tiene más de mil años. ¿Qué os parece?

Está tan bien conservado que resulta increíble que sea tan viejo.

¿Nos ayudará tal vez a comprender un poco mejor esta civilización?

Angorius lo abre y vemos que la cerradura funciona a la perfección, sin el menor ruido, como si estuviera recién engrasada.

—Mirad esto —dice el anciano.

Saca una moneda y nos la muestra. Está hecha de un metal extraño, incoloro, que no hemos visto jamás. Tiene

reflejos irisados, cambiantes, como si estuviese «vivo». Produce una curiosa impresión tocarlo con la mano.

—Es oricalco —explica Angorius—, el metal maravilloso de la antigua Atlántida. Actualmente, las minas están casi agotadas. Queda un poco a gran profundidad, en las entrañas de la isla, pero todo lo que se extrae se lo queda Tenes.

¿He dicho ya que es un metal caliente y pesado, mucho más pesado que el plomo? Examino la moneda por las dos caras y no salgo de mi asombro.

—En el Palacio Nuevo, casi todo es de oricalco —explica Angorius—: las puertas, las rejas, los techos, las estatuas… Los que han estado allí aseguran que es maravilloso.

Nos muestra otros objetos y nos habla de su procedencia. Luego saca del cofre un cinturón metálico, lo deposita sobre la mesa y lo contempla extrañado. Es como una cadena, formada por eslabones que brillan como si fuesen de plata. El broche es muy raro…

—¡Oh! —exclama Angorius—. Me había olvidado…

No añade nada más. Nosotros, por nuestra parte, nos fijamos sobre todo en el broche, que tiene un grueso botón en medio. ¿Es un simple adorno o vale para algo?… Voy a preguntárselo, pero Xolotl se me adelanta: se inclina sobre la mesa en que reposa el cinturón y aprieta el botón, como para abrir el broche…

—¡No es posible! —exclama Teo—. ¡Nooo!…

El cinturón ha desaparecido y Xolotl ha perdido las manos. Teo y yo nos miramos, horrorizados. Xolotl contempla sus brazos, cortados por el codo. Está tan consternado como nosotros, pero no parece sufrir en absoluto. Observo que los mueve, como si se los llevara al rostro y, lentamente, vuelven a aparecer las manos y los antebrazos.

Empezamos a comprender: el cinturón se ha tomado invisible, pero debe seguir sobre la mesa. Tiendo una mano para cogerlo, donde imagino que está, y la mano también desaparece. Es una extraña sensación, no ver mi propia mano sabiendo que la tengo… Agarro el cinturón y, tanteando, aprieto el botón de nuevo. Enseguida, reaparecerán tanto el cinturón como mi mano.

—¡Fantástico!… ¡Increíble! —murmura Teo.

Angorius, sin embargo, no se ha asombrado. Ha observado todo con enigmática sonrisa, sin hacer ningún comentario. Ahora se decide a hablar.

—Sabía que ese cinturón existía —dice—, y que debía estar en el cofre, pero lo había olvidado.

—¿Por qué desaparece? —pregunta Xolotl.

—¿Recordáis la fábrica de que os he hablado, la que produce la luz que ilumina la isla y la hace invisible?

—Sí —respondemos los tres a coro.

—Pues bien, este es un cinturón antifase, que genera también una luz desfasada. Por eso se vuelve invisible cuando se pulsa el broche…

—Y si me lo pusiera, ¿me volvería invisible? —pregunta Xolotl.

—Sí, pero no verías a la gente que se te aproximara de tres pasos de distancia…

Angorius continúa mostrándonos lo que hay dentro del cofre y enseguida nos olvidamos del cinturón antifase.

* * *

Esta noche hemos tenido un rato de charla con Angorius, como de costumbre. Nos habla de diversas cosas y, de repente, se detiene en medio de una frase y dice:

—Estoy pensando en el cinturón. ¿Te gustaría que te lo regalara, Sergio?

La oferta me coge por sorpresa.

—Bueno, yo…

—¿No te gusta?

Reflexiono. Si Angorius me lo ha ofrecido, es que quiere que lo utilice para algo…

Voy a contestar que claro que me gusta, pero que no sé si debo aceptar un objeto tan valioso, cuando interviene Xolotl:

—Podría utilizarse para entrar en el Palacio Nuevo —dice—. Quien lo llevara puesto pasaría al lado de los guardias sin que le vieran…

No había pensado en eso, y creo que Teo tampoco. Veo brillar sus ojos y me doy cuenta de que la aventura le tienta, como a mí. ¡Ver el palacio y tal vez conocer a Tenes!

—No es nada fácil entrar en el Palacio, y mucho menos salir —observa Angorius.

Nos mira fijamente. Xolotl y Teo se han quedado meditabundos, y yo también. Ninguno nos atrevemos a hablar.

—Es peligroso, os lo aseguro —insiste Angorius.

Teo frunce el ceño. Cuando una aventura le atrae, el peligro es sin duda un acicate para él.

—Iremos, de todas formas —dice sin vacilar.

Luego se da cuenta de que Angorius solo tiene un cinturón y que me lo ha ofrecido a mí, así que rectifica:

—Bueno, iré yo, si Sergio no quiere ir…

Coge el cinturón antifase, se lo ciñe y se lo tapa con el jersey para que no se vea.

—Tal vez se pueda apretar el botón disimuladamente por encima del jersey —dice.

Lo aprieta y al punto desaparece. La silla en que estaba sentado parece estar vaciá, pero enseguida, surge de ella una voz:

—No os distingo —dice—. Es como si estuviera rodeado de una nube gris… Sin embargo, veo la mesa, y los muebles, al otro lado de la habitación.

Teo vuelve a apretar el botón y reaparece. Se quita el cinturón y lo deposita sobre la mesa. Xolotl lo coge y lo contempla, asombrado, sin atreverse a pulsar el botón.

—No os aconsejo que entréis en palacio sin tomar las debidas precauciones… —nos advierte Angorius, que enseguida añade—: El que podría penetrar con más facilidad es Sergio.

—¿Sergio? ¿Por qué? —pregunta Teo.

—Por el color de su pelo.

Me quedo helado. Desde que hemos llegado a la isla, a todo el mundo le sorprende, pero ¿qué tiene que ver eso con el mayor o menor riesgo para entrar en el palacio?…

Se lo pregunto a Angorius, que responde confusamente:

—Bueno, no lo sé exactamente, de verdad… No sé por qué, pero eso dicen…

* * *

Seguimos charlando a solas, en la buhardilla.

—Me entusiasmaría entrar en ese palacio —dice Teo—. Debe ser fantástico. Además…

A mí también me gustaría, pero tengo mis reservas. Se lo digo a Teo y nos enzarzamos en una larga discusión. Xolotl nos escucha atentamente, sin intervenir.

—Quiero ver a Tenes —asegura Teo—, comprobar si realmente existe… Al principio no podía creer que existiera, pero ahora empiezo a dudar.

Le respondo que, aparte de eso, me interesa mucho el Palacio Nuevo. Que me gustaría descubrir por qué nadie puede entrar en él, por qué los guardias no están armados, por qué Tenes tiene tanto poder… Teo insiste en que Tenes es la clave de todo y noto que tiene un enorme interés en ir él. Yo no cedo, porque no quiero que se arriesgue, y la discusión se eterniza. Xolotl acaba por intervenir:

—Creo que debería ir quien tuviera más posibilidades de salir.

Es un punto de vista razonable. ¿Cuál de los dos podría salir más fácilmente de allí?… Teo es campeón de judo, fuerte, capaz de desembarazarse de cualquier agresor, pero yo hablo mejor en latín. Si me pescan y me interrogan, me defendería mejor. Además tengo otra baza:

—Recuerda lo que ha dicho Angorius…

—¿El qué?

—Que mi pelo rubio me protegerá.

—¡Pero eso es una tontería! ¿Por qué te iba a proteger?

No lo sabemos. Pero por extraña que sea, me agarro a la observación de Angorius, ya que me favorece. Teo es muy cabezota, pero yo lo soy mucho más, y termino llevándome el gato al agua.

Mañana, si Dios quiere, intentaré penetrar en el Palacio Nuevo.

* * *

Al día siguiente, me pruebo el cinturón antes de salir hacia el palacio. Me lo meto bajo el jersey, como hizo ayer Teo, y pulso el botón. Enseguida me encuentro inmerso en una nube gris, y oigo la voz de Xolotl:

—Estupendo. No se te ve en absoluto —dice.

Vuelvo a apretar el conmutador y me torno visible. Angorius me anima:

—Todo irá bien, Sergio. Ya lo verás.

Asiento, pero con escepticismo. No es mi primera aventura y sé que a veces se tuercen las cosas… No importa: he resuelto entrar en palacio y no pienso volverme atrás.

—¿En marcha? —musita Teo.

—Sí.

Las puertas del Palacio Nuevo dan a una gran explanada que domina la isla. Hemos acordado ir juntos hasta allí, los tres, y permanecer visibles todo el trayecto, pero no puedo evitar mi nerviosismo, sobre todo al llegar ante el palacio.

—Espera el momento oportuno —dice Xolotl.

Estamos a unos quince metros de las verjas y tengo que desaparecer cuando nadie me mire. Cuatro guardias vigilan en la entrada principal.

—¡Ahora! —masculla Xolotl.

Pulso el botón y me encuentro en medio de la nube gris. ¿Me habrán visto los guardias desaparecer?… Pasan unos

segundos y oigo la voz de Teo:

—Adelante… Todo va bien… ¡Ladrón, cómo me gustaría estar en tu lugar!

La verja del Palacio está a mi izquierda y he calculado la distancia que me separa de ella. Camino despacio, con cuidado, atento. Xolotl y Teo ya no me pueden ayudar…

Camino pegado a la verja durante unos treinta metros hasta llegar junto a los guardias. Tengo que pasar entre ellos sin hacer el menor ruido, pues aunque no me vean, me pueden oír. Avanzo prudentemente, a la escucha, y oigo los latidos de mi corazón. No puedo acercarme demasiado a ningún guardia, porque si paso a menos de un metro de ellos quedaré dentro del radio de acción de la luz antifase del cinturón y dejaré de ser invisible para él.

De pronto, noto que hay algo delante, algo borroso que se mueve un poco… Comprendo: es uno de los guardias que está entrando en el círculo de luz del cinturón. Procurando no hacer ruido, doy un paso atrás.

Me deslizo por detrás del guardia, muy despacio, y me dirijo hacia el palacio, sin saber lo que encontraré al llegar. «Nadie sabe lo que sucede allí», ha dicho Angorius, y eso me angustia todavía más.

Continúo avanzando en la niebla que me envuelve, apartándome un poco cuando veo aparecer una sombra en medio de ella. Marcho hacia lo desconocido. Piso un suelo de grava y luego encuentro un porche, que atravieso. Paso por un enlosado de mármol negro y subo por una escalera. Encuentro un largo corredor y luego una puerta. La abro y entro…

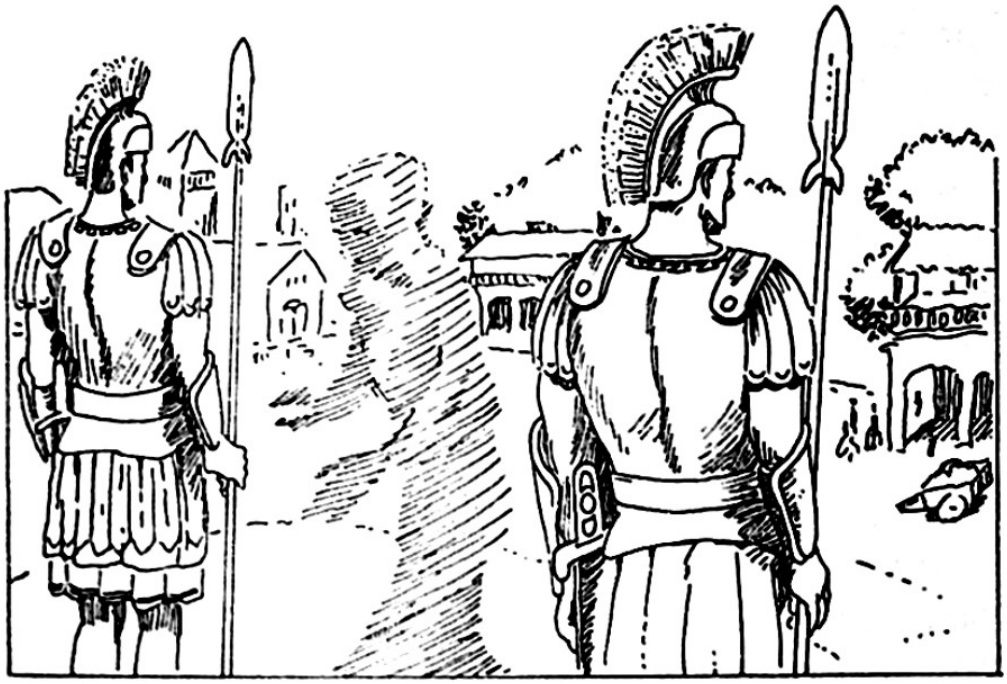
En el interior del Palacio reina un silencio total, un silencio como de muerte. Solo se oyen los latidos de mi corazón y el tic-tac de mi reloj. ¿Estará vacío? ¿Será una leyenda todo lo relacionado con el rey?… Miro mi reloj de

pulsera: han pasado veinte minutos desde que dejé a Teo y a Xolotl.

En aventuras como esta siempre hay un punto crítico, en el que uno desearía volverse atrás. Es muy peligroso, porque desconcierta y puede dar lugar a cometer un error… Pues bien, estoy pasando por él. Quiero saber a toda costa dónde estoy y aprieto el botón del cinturón…

Es una vasta sala revestida de mármol verde, alumbrada con lámparas de oricalco y decorada con muebles de maderas preciosas. Todo es fantástico, fastuoso, pero la sala está vaciá… Miro a mi alrededor, sin saber qué hacer. ¿Doy marcha atrás?… No. Vuelvo a pulsar el botón y todo desaparece. Avanzo sin tomar demasiadas precauciones, pues los muebles están pegados a las paredes, abro una puerta al fondo y me encuentro en otra sala parecida a la anterior.

He recobrado la tranquilidad. Me resisto a creer que el Palacio esté deshabitado. Sé que voy hacia lo desconocido y tomo mis precauciones, pero sigo adelante. Escucho atentamente, avanzo paso a paso, y, de pronto… oigo un extraño «clic» y un mecanismo se pone en marcha: surgen del suelo unos finos barrotes y, en unos segundos, me encuentro encerrado en una jaula circular.



VIII

La jaula en que me encuentro es toda ella de oricalco. Estoy apresado, sí, pero en una prisión de lujo…

Alzo la cabeza y veo que también hay barrotes por arriba. Sí, estoy atrapado y no hay forma de escapar.

Casi al mismo tiempo, empiezo a ver la sala en que me encuentro, lo cual me extraña. Pulso varias veces el botón del cinturón, pero no logro nada. La niebla que me rodea se disipa y comprendo que vuelvo a ser visible. ¿Por qué?… Lo ignoro, pero debe formar parte de la trampa en que he caído. Estoy enjaulado, como una rata, y mis verdugos no tardarán en llegar…

La sala en que me encuentro está también ricamente amueblada. Es más grande, pero está tan vacía como la otra…

Pasa un minuto. Dos. Tres… Empiezo a inquietarme. ¿Cuánto tiempo voy a estar encerrado aquí?

De pronto oigo pasos. No, no es un guardia. Me doy cuenta enseguida, al ver la coraza de oricalco y el manto azul celeste de los príncipes atlantes…

Es Tenes en persona. Me pongo de rodillas, sin vacilar. No es momento de mostrarse orgulloso… Y haciendo una reverencia, digo:

—Yo te saludo, semidiós…

Antes de bajar la cabeza he visto que tiene el pelo blanco. No me había fijado antes, atraído por la coraza y el manto. Es natural: tiene el pelo blanco porque debe ser muy anciano… De pronto, le oigo hablar.

—Hacía casi cien años que no se utilizaba esta trampa, pero veo que sigue funcionando a la perfección…

Habla sin inmutarse, sin ninguna pasión, como si mi captura fuese un hecho previsto. Alzo los ojos y le veo de pie, a cinco o seis pasos de mi jaula, sonriente.

—Llevas un cinturón antifase, ¿no es eso?

—Sí, semidiós.

—¿Llevas armas?

—No, semidiós.

—Te creo. Si tuvieras una, a estas horas ya estarías muerto.

Tenes me mira sin ningún recelo y me parece que no tengo nada que temer. Al menos de momento.

—¿Sabes cómo te hemos atrapado? —me pregunta.

Lo dice convencido de que no lo sé, por lo que sin esperar respuesta, prosigue hablando:

—Tenías un cinturón antifase y te creías seguro, ¿no?… Nadie podía verte, es cierto, pero olvidaste el calor que despide tu cuerpo… En esta sala hay detectores de rayos infrarrojos, ¿sabes?, y de nada ha servido tu invisibilidad. El

Palacio Nuevo está muy bien protegido. Esta es una de las muchas trampas que tiene.

Tenes hace un gesto con la mano, que no va dirigido a nadie, y la jaula de oricalco empieza a hundirse en el suelo.

—Levántate —ordena Tenes.

Me incorporo. La jaula ha desaparecido. Estoy frente al rey de Poseidonis y nada me impide mirarle. Tiene el tipo y la cara de un muchacho de dieciocho años, pero, como he dicho, sus cabellos son blancos. ¿Será realmente el nieto de Neptuno?

—¿Cómo es que tienes el pelo tan rubio? —me pregunta de pronto—. Aquí todo el mundo lo tiene negro… ¿Eres uno de esos extranjeros que naufragaron cerca de nuestras costas hace unos cuatro días?

—Sí, semidiós.

Me mira inquisitivamente. Tiene los ojos castaños, la expresión dura, y da la impresión de que no se le escapa nada. Sigue mirándome durante un buen rato y luego dice:

—Sígueme.

Da media vuelta y se dirige a un extremo de la sala. Le sigo a unos cuantos pasos y, a través de una puerta, desembocamos en una larga galería donde hay un ascensor que nos conduce a lo alto del palacio. No encontramos a nadie y Tenes nota mi sorpresa.

—En el palacio no hay guardias —me dice—. No los necesito, porque está lleno de trampas.

El ascensor nos ha dejado en una sala circular, situada en lo alto de la más alta torre. Está pavimentada de mármol negro con incrustaciones de oro y cubierta con una cúpula de cristal. Hay muebles bellísimos y divanes cubiertos con pieles de animales salvajes. Tenes me indica que me siente en uno de ellos.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Sergius.

—Está bien. Ahora cuéntame quién eres, de dónde vienes y cómo has llegado hasta aquí, sin omitir nada. Quiero saberlo todo.

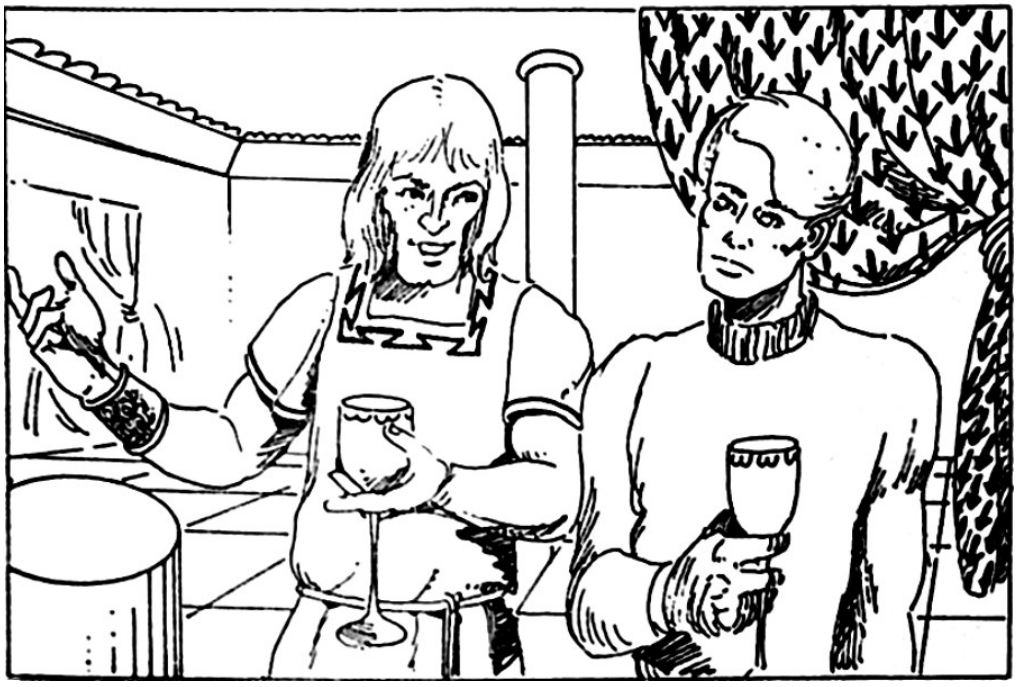
Le cuento nuestra aventura detalladamente, desde nuestra salida de Burdeos hasta la noche del naufragio. Mientras hablo, no dejo de mirarle. Tiene el rostro vivo y unos rasgos jóvenes, pero la piel arrugada. ¿Será verdad que es nieto de Neptuno?

Tenes me interrumpe antes de terminar mi relato.

—¿Por qué te has introducido en palacio? —me pregunta.

Le digo la verdad:

—Porque quería conocerte. Quería saber si eres de verdad el nieto de Neptuno, como dicen… En la isla no te han visto desde hace mucho tiempo y corren rumores de que has muerto… Algunos creen que todo es una leyenda…



Tenes me mira fijamente largo rato.

—¿Y tú? ¿Qué opinas tú, Sergius? —pregunta por fin—. Que no he muerto está claro, pero ¿crees que soy nieto de Neptuno?

No sé que responder. No es que tenga miedo, es que estoy hecho un lío. Por fin, me decido:

—Lo único que sé es que eres extraño, semidiós, y nunca he visto a nadie que se te parezca. Los que nacen con el pelo blanco tienen las pupilas rojas, pero las tuyas son oscuras. Y los que tienen la piel arrugada, andan encorvados y con paso vacilante, pero tú caminas con decisión, erguido… Por eso…

—Por eso, ¿qué?

—Pues que no sé si eres o no descendiente de Neptuno, aunque bien podrías serlo… ¿Por qué no?

Tenes está sentado frente a mí, con los pies sobre una piel de leopardo. Lleva un brazalete de oricalco en la muñeca izquierda, con las armas de los príncipes atlantes grabadas en el metal legendario. No deja de mirarme, pero ahora sonríe…

—No, no soy un semidiós —dice—, sino un hombre como los demás. Si tengo el pelo blanco y la cara llena de arrugas es porque soy anciano. Los sabios de Poseidonis han conseguido mantenerme vivo mucho tiempo, pero no han podido impedir que envejezca… Tengo más de quinientos cincuenta años, Sergius.

Me cuenta también que, poco a poco, se ha ido acostumbrando a vivir solo, alejado de su pueblo, y a no salir de palacio. Las gentes han empezado a creer que era todavía más viejo de lo que en realidad es y a decir que era nieto de Neptuno…

—Yo no he hecho nada por impedirlo —termina diciendo—. Le obedecen más fácilmente a uno, cuando lo creen inmortal…

De pronto, se lleva la mano a la frente, como si recordase algo muy importante, y me dice:

—Enséñame tu cinturón antifase, Sergius.

Me lo desabrocho y se lo muestro. Él lo toma en sus manos y lo examina cuidadosamente.

—Estos cinturones no abundan —dice—. Hace mucho que no se fabrican… Este procede de aquí, de palacio, desde luego debieron robármelo… Me lo quedo.

Hace un gesto con la mano y se abre un panel en una mesita que tiene cerca de él. Tenes deja caer el cinturón en la abertura y el panel vuelve a cerrarse lentamente. ¿Será verdad que era un cinturón robado?…

—Quiero vino —dice ahora Tenes en voz baja.

No se dirige a mí, ni a nadie, puesto que no hay ninguna otra persona. Es algo parecido a lo que ha hecho para que desapareciera la jaula y para que se abriera un hueco en la mesita…

Pasan unos segundos; se abre un panel en otra mesa y aparece una jarra de cristal, llena de vino, y un par de copas. Tenes las llena y me ofrece una.

—Tampoco tengo esclavos —comenta—. No los necesito. Mi lujo consiste en vivir solo y ver únicamente a quien quiero… Cuando necesito algo, me lo traen los electroservidores, que son como esclavos eléctricos. ¿Los hay en el país de donde vienes?…

—Se empiezan a construir ahora, semidiós… Pero son menos perfectos…

Tenes ríe, satisfecho, y alza su copa.

—A tu salud, Sergius.

—A la tuya, semidiós.

* * *

Paso el día con Tenes, que me enseña el Palacio Nuevo. Me muestra salas espléndidas, en las que se acumulan las riquezas de los atlantes, procedentes de siglos y milenios, pero no encontramos a nadie. Me pregunto una vez más si el palacio estará vacío.

—¿No tienes amigos, semidiós?…

—Sí, si los tengo.

—¿Y dónde viven?

—Aquí, en palacio…

—Pero no he visto ninguno…

—Cada uno tiene sus habitaciones, y no sale de ellas, si yo no lo llamo… Ya te he dicho, Sergius, que mi verdadero lujo consiste en vivir solo. Si quiero ver a alguien, le llamo y viene inmediatamente.

Le pregunto luego por los electroservidores, y me dice que hay muchísimos, repartidos por todos los rincones del Palacio Nuevo y situados en lugares ocultos que solo él conoce. Cuando quiere algo, habla o hace un gesto, y los muros o los muebles se abren para facilitarle lo que ha pedido. Me parece algo tan complicado que le pido más detalles sobre su funcionamiento.

—¿Has oído hablar de las ondas beta? —me pregunta.

—Sí, creo que he oído hablar de ellas… Son unas ondas que emite el cerebro humano, ¿no es eso? Se pueden captar colocando unos electrodos en determinados sitios de la cabeza…

—Eso es, Sergius —responde Tenes—. Pero nuestros ingenieros han descubierto la manera de captar a distancia esas ondas, que son las que corresponden a los actos conscientes de las personas. Todos los electroservidores del palacio están sintonizados con las ondas beta de mi cerebro…

—Si no he comprendido mal, semidiós, basta con que des una orden con el pensamiento para que el electroservidor más próximo la ejecute, ¿no es así?

—Así es. A veces hablo, o hago un gesto, pero no es necesario en absoluto…

Está claro: estos electroservidores son mucho más avanzados que los robots que nosotros conocemos. Funcionan con una rapidez y una seguridad asombrosa, sin el menor ruido.

Al caer la larde, le digo a Tenes que me gustaría irme para reunirme con mis amigos, pero él sonríe y dice tranquilamente:

—Intenta irte y verás lo que ocurre…

No me da tiempo de decir nada. Antes de que Tenes haya terminado de hablar, la puerta de la sala se cierra herméticamente. Tenes me mira con suspicacia:

—¿No te gusta estar aquí, Sergius?

—Sí, semidiós. Naturalmente…

Tenes sigue mirándome fijamente.

—No te preocupes —dice—. He dicho a un guardia que se lo advierta a Angorius. Tus amigos ya saben que no volverás esta noche.

No nos hemos separado en todo el día. Nadie se ha acercado a Tenes. No le he oído hablar con nadie, ni dar ninguna orden, y, sin embargo, es verdad lo que acaba de decirme: que se lo ha comunicado a Angorius… Xolotl y Teo me lo confirmarán más tarde.

—Muchas gracias, semidiós —digo—. Me quedaré en palacio gustoso.

Enseguida, la puerta se abre con la misma rapidez y exactitud con que se había cerrado.

Cae la noche y la cúpula deja atravesar una luz cada vez más tenue, procedente de un cielo sin luna y sin estrellas.

Tenes se interesa por la vida que llevo en Europa, y me hace infinidad de preguntas. Lo que le cuento sobre mi estancia en Marte le fascina y quiere saberlo todo con detalle. Y como ve que su curiosidad me extraña un poco, dice:

—Hace mucho que no abandono esta isla, Sergius. Antes navegaba mucho, por todos los océanos, y visitaba multitud de países. Pero ahora…

Se calla bruscamente, como si el saberse anciano le llenara de tristeza. ¿Será por eso por lo que ya no viaja?

—¿Sabes, Sergius? —continúa diciendo—. Podría llevaros a Francia en muy poco tiempo. Tengo un navío rapidísimo, más rápido que cualquier fueraborda. Creo que ya lo has visto, en el puerto…

—Sí, semidiós. Lo he visto. El *Tritón*, ¿no es eso?

—Sí, el *Tritón*. Lleva muchos años amarrado, pero podría zarpar en un momento, pues siempre está preparado para hacerse a la mar… Podría ir contigo a Francia y tú me mostradas tu país… Hace más de cien años que no pongo los pies en el continente europeo…

IX

Tenes no ha vuelto a mencionar lo que dijo sobre viajar con nosotros a Europa. Es como si hubiese olvidado todo eso. Al principio me ha extrañado, pero luego, a medida que le he ido conociendo mejor, he empezado a entenderlo. Tenes solo piensa en el momento presente y prescinde de todo lo demás, solo se mueve por el capricho. Tiene más de quinientos años, pero a veces, cuando le oigo hablar, me parece casi un niño.

Me he quedado, pues, en el Palacio Nuevo. No he vuelto a hablarle de irme; espero a que se harte de mí y un día me diga: «Bien, Sergius. Puedes irte». Por lo caprichoso que es, puede suceder en cualquier momento.

Un día, estando en lo alto de la torre, bajo la cúpula de cristal, Tenes me dice a bocajarro:

—Quiero conocer a tus amigos, Sergius.

No me da tiempo a contestar, porque Tenes actúa rapidísimo. No ha hecho más que terminar de hablar y dos paneles se abren en un rincón oscuro, apareciendo una pantalla de televisión, la primera que veo en Poseidonis; en ella veo una de las plazas de la ciudad, con gente paseando.

—Cuando descubras a tus amigos —dice Tenes—, señálamelos… Bueno, no; no me hace falta. Los reconoceré yo mismo.

Debe haber cámaras de televisión repartidas por todos los rincones de la isla, conectadas todas ellas con el Palacio Nuevo. Así Tenes puede estar al tanto de todo lo que sucede en la ciudad.

Ante nuestros ojos van desfilando una serie de calles, pero sin prisas, al ritmo de nuestra mirada, y me doy cuenta de que es Tenes quien dirige la cámara con su pensamiento.

—Ya los veo —dice Tenes, de repente.

En efecto: Xolotl y Teo están en lo alto de la muralla, cerca de la Torre del Este, en un sitio donde íbamos a charlar a veces en nuestros primeros días de estancia en la isla. Son inconfundibles, pues llevan jersey y pantalones vaqueros, mientras que los habitantes de la isla van con toga o con túnica. Un *zoom* de la cámara[1] los coloca en un primer plano y les vemos y oímos con nitidez. Tenes les observa en silencio y luego dice:

—Háblales, Sergius. Diles que vengan al Palacio Nuevo. Que se presenten a los guardias y les dejarán pasar.

Hago lo que Tenes me ha dicho y enseguida me doy cuenta de que Xolotl y Teo me han oído y reconocen mi voz. Miran instintivamente en tomo suyo y veo que están asombrados oyendo esa voz que parece proceder de ultratumba.

En pocas palabras, les explico que estoy en el Palacio Nuevo, que les estoy viendo sin que ellos me puedan ver y

que basta con que hablen normalmente, que les entenderé.

Xolotl es el primero en serenarse. Me responde con voz relativamente tranquila:

—Comprendido, Sergio. Vamos para allá enseguida.

Les veo y les oigo hablar con nitidez, pero no acabo de explicarme cómo, pues no hay ningún micrófono cerca de ellos, a no ser que esté perfectamente escondido. Los atlantes están adelantadísimos, eso es evidente, pero no por eso dejan de asombrarme.

Media hora más tarde, Xolotl y Teo están ya frente a nosotros. Antes de entrar en palacio, un oficial de la guardia les ha cacheado y luego les ha dejado pasar. Ahora están rodilla en tierra, a unos diez pasos de Tenes.

—Levantaos —dice tranquilamente el semidiós.

* * *

Tenes nos ha dado a entender claramente que no vamos a volver a la buhardilla de Angorius, que nos quedamos a vivir en el Palacio Nuevo.

—Tendréis unas habitaciones para vosotros solos, y podréis circular por palacio con toda libertad.

—¿Por todas partes, semidiós? —pregunta Xolotl.

—Tranquilo, muchacho —responde Tenes—. Si hay algún sitio en el que no puedas entrar, te darás cuenta enseguida, ya lo verás.

Comprendemos muy pronto lo que quiere decir: todos los pasillos, todas las galerías pueden cerrarse mediante paneles deslizantes mandados a distancia por Tenes. Cada vez que nos llama, esté donde esté, un solo camino se abre ante nosotros, el que Tenes tiene en mente. Los demás permanecen cerrados.

Rara vez encontramos un guardia, pues no suelen entrar en el palacio. Cuando nos topamos con uno, pasa junto a nosotros sin mirarnos, como si no nos viera. Los oficiales tienen también sus secretos, que vamos descubriendo poco a poco. Todos llevan, dentro del casco, un receptor sintonizado por ondas beta con el cerebro de Tenes. Así pueden reconocer las órdenes de su rey, esté donde esté y vista como vista, y ejecutarlas sin la menor vacilación.

Los poderes de Tenes son, pues, ilimitados. Nada puede temer. Y nosotros estamos en sus manos; para siempre, tal vez…

Unos días después de la llegada de Teo y de Xolotl, Tenes nos lleva con él fuera del palacio.

—Quiero enseñaros algo —dice.

Se ha puesto una túnica muy sencilla y un manto gris. Para que no se le vea el pelo blanco, se ha tapado la cabeza con una bufanda, lo mismo que yo, pues Tenes me ha dicho que mis cabellos rubios llamarían demasiado la atención.

El oficial de guardia a la entrada de palacio debe estar acostumbrado a estas salidas de incógnito del rey, pues no se extraña en absoluto. Nos saluda y nos deja pasar, sin más.

Es todavía temprano y las calles de Poseidonis están casi desiertas. Los pocos transeúntes que circulan ni siquiera nos miran.

Franqueamos las verjas del jardín y bajamos por una escalera. No seguimos el mismo camino que Angorius nos indicó al venir y nos parece que descendemos más.

—¿Estamos ya al nivel del mar? —pregunta Xolotl.

—Mucho más abajo —responde Tenes.

Llegamos ante una puerta blindada, protegida por dos centinelas. Se presenta un oficial y se inclina ante Tenes (los oficiales tienen el privilegio de no arrodillarse en su presencia). Tenes responde al saludo del oficial y dice:

—Ábrenos. Vamos a bajar.

—Perdón, semidiós —responde el oficial—. No soy más que un puñado de polvo en tu presencia, pero he de deciros que las salas de bronce no son seguras en estos días…

Tenes mira al oficial de hito en hito.

—Las puertas seguirán bien guardadas, ¿no?

—Sí, semidiós. Pero se han visto algunos esclavos evadidos al norte de la isla. Permitid que os acompañe una escolta.

—¿Crees acaso que me inquietan los esclavos? —responde Tenes con altivez—. Ábrenos esa puerta y danos un par de antorchas.

—A tus órdenes, semidiós.

Un guardia nos las suministra y yo cojo una y Xolotl otra. No son antorchas en el sentido clásico de la palabra, sino como cortos bastones terminados en una esfera de cristal en la que brilla una luz extraña de reflejos dorados. Nos abren la puerta blindada, entramos, y, enseguida, se cierra tras de nosotros.

—Estas son las entrañas de la isla —dice Tenes.

Bajamos por una escalera metálica incrustada en una inmensa estructura situada en una nave gigantesca, que apenas se distingue con la luz que llevamos. Adivinamos, no obstante, que las vigas, los soportes, las escaleras, las pasarelas y los descansillos del inmenso armazón metálico son de unas magnitudes jamás vistas y proyectan extraños reflejos.

—Todo este armazón es de bronce, de una aleación dura y resistente como ninguna otra —dice Tenes—. No olvidéis que los atlantes enseñamos a los egipcios de la antigüedad los secretos de la fabricación del bronce.

Terminamos de bajar la escalera y caminamos por una plataforma también de bronce, que resuena de una forma extraña bajo nuestras pisadas. Voy a preguntarle a Tenes qué hay debajo, pero no me da tiempo. Alguien se abalanza sobre mi y me derriba.

El agresor ha surgido de las sombras, sin hacer ruido. Me ataca brutalmente por la espalda y ruedo por el suelo, lo mismo que la antorcha. Empiezo a defenderme de un adversario que no veo. Logro desembarazarme de él y golpeo a ciegas. Oigo un lamento y luego una carrera… El agresor desaparece en las sombras. Me llevo las manos a la cabeza: me ha arrebatado la bufanda que ocultaba mi pelo. ¿Por qué?…

Me pongo de pie y veo que también han atacado a Tenes. Teo ha hecho huir a su agresor, que era, como el mío, un individuo descalzo y semidesnudo que también se ha llevado la bufanda con que el rey ocultaba su pelo. Recojo la antorcha, que no se ha apagado, y Tenes se incorpora, sin inmutarse. Veo que, en el suelo, a su lado, brilla un puñal.

—Es a mí a quien querían matar —dice—. No sabían cuál de los dos era, y por eso nos han atacado a ambos y nos han quitado la bufanda que cubría nuestra cabeza.

Tenes no está herido. Teo ha logrado desarmar a su agresor.

—Son los esclavos de los que habló el oficial —añade Tenes—. Se sublevan de vez en cuando. Se les castiga y ya está. Hacia trece años que no se rebelaban…

Lo ha dicho en un tono indiferente, como si no le importara. Ni siquiera le da las gracias a Teo, por haberle salvado la vida. Echa a andar inmediatamente y nosotros le seguimos.

—Estamos a más de trescientas toesas por debajo del nivel del mar —dice Tenes sin detenerse ni volverse para mirarnos.

Vuelvo a notar que la plataforma de bronce por la que caminamos produce un ruido extraño y hago la pregunta que antes no pude hacer.

—¿Qué hay debajo, semidiós?

—El mar.

Estamos a unos seiscientos metros de profundidad. Tenemos el mar debajo y la ciudad arriba, sostenida por este colosal armazón de bronce… Algo fantástico, que me encoge el corazón. Es como estar al pie de una presa rebosante, que en cualquier momento pudiese reventar.

Tenes acaba de detenerse, como si hubiese encontrado lo que andaba buscando. Estamos ante un muro de metal semejante al de la plataforma que pisamos. A unos pasos del muro veo una enorme tuerca, también de bronce, que tendrá unos tres metros de diámetro. Sujeta un perno del mismo calibre, que atraviesa la plancha metálica. Tenes lo ilumina con una de las antorchas para que lo veamos bien.

—¿Para qué sirve? —pregunta Teo.

A unos veinte pasos descubro otro perno tan grande como este. Adivino que hay muchos más y, como Teo, me pregunto para qué servirán. Tenes no tarda en darnos una respuesta:

—Son puntos de sujeción —dice—. De cada uno de esos pernos cuelgan cadenas de bronce, de más de mil toesas de longitud, que terminan en anclas que se hunden en el fondo del mar y sujetan la isla.

—¡No es posible! —exclama Teo.

Yo estoy tan sorprendido como él. ¡Poseidonis es una isla flotante! Por eso no quedó sumergida, como el resto de la Atlántida… Todo este inmenso armazón de bronce, estas inmensas naves que hacen de flotadores, estos colosales pernos, y las cadenas, y las anclas, tienen más de cuatro mil años…

—Era la única solución —comenta Tenes con naturalidad—. Sabíamos que la Atlántida iba a hundirse en el mar y teníamos que construir una isla flotante, si queríamos salvarnos…

Luego nos explica cómo las cadenas se tensan o se distienden según el flujo y el reflujo del mar. Por eso aquí no hay mareas…

X

Ya he dicho que Tenes no había dado las gracias a Teo por salvarle la vida en las naves de bronce. Creía que se trataba de un olvido involuntario, pero me había equivocado. Esta tarde, Tenes ha pasado su brazo por encima del hombro de Teo y le ha dicho:

—Me salvaste la vida esta mañana, Teobaldo. Te recompensaré a su debido tiempo. Pero deja de llamarme semidiós. Desde ahora llámame Tenes.

Luego, volviéndose hacia Xolotl y hacia mí, ha añadido:

—Y vosotros podéis hacer lo mismo. Estamos en lo alto de la torre, bajo la cúpula de cristal, donde a Tenes le gusta pasar las veladas. Se sienta en el mismo diván de siempre, con los pies sobre una piel de leopardo, y empieza a hablar. Casi siempre, nos pregunta sobre nuestro mundo, pero hoy no lo hace. Tras vacilar un poco, nos habla del pasado de Poseidonis.

—No creáis que los atlantes hemos vivido al margen de la historia —dice—. Al revés, con frecuencia la hemos impulsado… Eso hicimos con Cristóbal Colón.

Se ha hecho de noche, y la cúpula de cristal parece casi negra. La sala está iluminada por unos cuantos globos de cristal que proyectan una suave luz amarilla, dorada, a la que ya nos hemos acostumbrado.

—¿Quieres decir que lo encaminasteis hacia América? —pregunta Teo.

—Fue cosa de mi padre —responde Tenes—. Todavía vivía por entonces, y me mandó buscar un marino capaz de correr ese riesgo…

—¿Dónde le encontraste?

—En Génova, el año 1486, después de recorrer infinidad de puertos. Yo tenía entonces unos setenta años, pero parecía un muchacho y me tentaba la aventura.

—¿Cómo diste con él?

—Vagando por las calles, visitando las tabernas y hablando con los marineros… Necesitaba un hombre arruinado, sin recursos, pero suficientemente valiente y decidido como para atreverse a atravesar el Océano… Y encontré a Colón en un figón situado en una calle sin salida… Le pregunté a bocajarro si quería ser rico y famoso…

—¿Y…?

—Me dijo que sí, claro. ¿Quién hubiese dicho lo contrario? Entonces le vendí por tres ducados una carta marina del Atlántico. Era todo el dinero que le quedaba.

—¿Por qué no se la regalaste?

—Hubiese sido un error. Habría pensado que era falsa…

Creo que no he dicho que llueve, que ha estado lloviendo todo el día. Cuando Tenes se calla, se oye el golpeteo de las gotas en la cúpula de cristal. Es un ruido monótono, que parece que nunca va a cesar.

—Solo con ese mapa —prosigue diciendo Tenes—, Cristóbal Colón no podía hacer casi nada. Tuvo que emplear seis años en convencer a los Reyes Católicos de que su proyecto no era disparatado. Durante ese tiempo, acompañé a Colón por todas partes, como criado suyo.

—¿Por qué como criado?

—Porque era lo más fácil. En aquella época todo caballero que se preciara tenía un escudero o un criado. Por entonces, yo carecía de arrugas, tenía el pelo negro como ala de cuervo y no parecía tener más de quince años.

—Es absurdo —observa Teo—. ¡Un príncipe atlante convertido en criado!

Tenes sonríe antes de responder.

—¿Por qué no?… Formaba parte de la aventura… Y era divertido. Cuando Colón se detenía en una posada yo pasaba la noche en el establo; dormía sobre un montón de paja y nadie reparaba en mi… Pero cuando nos quedábamos solos, le susurraba al oído lo que debía decirle a la Reina Isabel para convencerla. Y Colón me hacía caso.

—Increíble…

—Y cuando se hizo a la mar con las tres carabelas, en agosto de 1492, me embarqué con él en la «Santa María», en calidad de grumete. Colón me trataba como a un grumete más, sin dar a entender que me conocía. En una ocasión, hasta permitió que me azotasen…

Mientras hablaba Tenes, la lluvia arrecia y golpea con fuerza el cristal de la cúpula. Hace una breve pausa que aprovecho para preguntarle:

—¿Es verdad que durante la travesía se amotinó la tripulación y Colón prometió que en el plazo de tres días descubrirían tierra firme?

—Sí, Sergio. Pero lo que nadie sabe es que Colón no creía que existiera un continente desconocido. Pensaba que el mapa que yo le había dado era falso. Si descubrió América fue gracias a mí, pues estaba decidido a dar media vuelta.

—Pero ¿por qué tanto empeño en que lo descubriera? —pregunta Teo.

—Porque mi padre sabía que los aztecas y los incas habían acumulado fabulosas riquezas, y que los europeos se las robarían…

Tenes deja la frase en suspenso, como si quisiera dejarnos adivinar el resto. Teo, Xolotl y yo nos miramos. Por si no hemos comprendido bien, Tenes nos lo aclara:

—Nos quedamos con casi todo el oro y la plata que transportaban los galeones. Los atlantes siempre hemos sido conquistadores…

«Más bien piratas», pienso.

—Podría nombrar uno por uno todos los galeones capturados. Solía ir en el navío atlante que los abordaba…

Nos cuenta cómo se mezclaba con los marineros del barco corsario:

—Me cubría la cabeza con un pañuelo de colorines, porque mi pelo ya empezaba a ponerse cano, y compartía la vida de la tripulación… Lanzaba los garfios y participaba en el abordaje, como todos… ¡Cuántas riquezas acumuladas! Poseidonis está llena de oro.

Por su manera de hablar, comprendemos que, para él, el oro era lo de menos. Lo que buscaba era la aventura y el riesgo, pues nos cuenta varias batallas con apasionamiento.

—Todo eso duró unos doscientos años —dice con nostalgia—, hasta que un día…

Se interrumpe bruscamente, mueve la cabeza, toma una copa de vino, se la lleva distraídamente a los labios y la vuelve a dejar en su sitio.

—Es tarde y debéis estar cansados —musita—. Podéis marcharos.

* * *

Al día siguiente, Tenes vuelve a sacarnos de paseo. Va vestido con sencillez y lleva la cabeza cubierta, como la otra vez. En esta ocasión nos conduce al Puerto del Oeste.

—Quiero enseñaros el *Tritón* —dice.

* * *

Llegamos al muelle y los guardias se apartan para dejarnos pasar. El oficial hace una reverenda. Ya he dicho que el *Tritón* parece un enorme tiburón de bronce, pero no creo haber mencionado su longitud: tiene más de veinte metros.

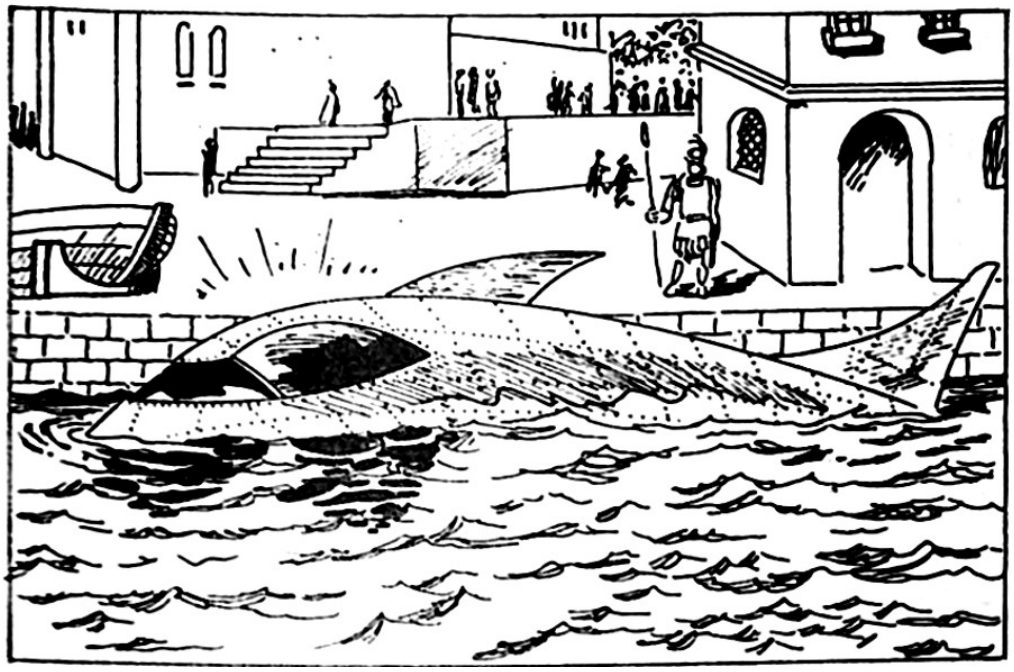
Entramos en él por una escotilla situada a estribor y, en cuanto estamos dentro, alguien, desde fuera, retira la pasarela. Xolotl me mira desconcertado y me susurra al oído: «¿Dónde pensará llevarnos?». No tengo tiempo de responder. Tenes nos conduce hacia la proa —la «cabeza» del «delfín»— donde está el «puente» de mando: un amplio mirador curvo, acristalado, que permite ver el mar. Tenes abre su túnica y nos muestra un medallón de oricalco atado a una cadena que pende de su cuello. Separa el medallón de la cadena y vemos que tiene unas extrañas perforaciones; lo coloca sobre el cuadro de mandos y lo introduce en una cavidad circular, en la que encaja perfectamente.

—Es el contacto —dice—. Solo yo puedo conducir el *Tritón*.

Se cierra la escotilla y desde fuera, largan las amarras rápidamente. Estamos listos para zarpar.

—¿A dónde vamos, semidiós? —pregunta Xolotl.

Tenes manipula el cuadro de mandos y, enseguida, el navío empieza a moverse, con una ligera vibración. El movimiento es tan suave que apenas se percibe y nos parece que es la tierra la que se aleja. Luego, el *Tritón* describe una amplia curva, sale del puerto y, a gran velocidad, se interna en alta mar.



—Ya os he dicho que no me llaméis semidiós —responde Tenes, sin contestar a la pregunta que le ha hecho Xolotl.

El *Tritón* no parece *navegar*, sino deslizarse por el agua como un pez, sin hélice y sin timón Hiende el agua sin dificultad y no deja ningún surco detrás. Tenes nos explica que son esas ligeras vibraciones que percibimos las que le hacen avanzar.

—¿Es verdad que el *Tritón* puede hacerse invisible si se quiere? —pregunta Teo.

La cara de Tenes se ilumina con una enigmática sonrisa. Sus manos se deslizan por el tablero de mando y la velocidad del navío aumenta todavía más. Trato de calcular, pero es imposible, pues no tengo puntos de referencia. De todos modos, debe ser fantástica.

—Eso dicen —responde Tenes por fin—, pero no hagas demasiado caso. Por Poseidonis circulan muchas leyendas, demasiadas tal vez… ¿Qué te parece a ti?

—Bueno… No sabría qué decir —responde Teo.

—No es verdad —afirma el rey—. ¿De qué me serviría que pudiera hacerse invisible? Este navío es cien veces más rápido que cualquier otro. Nadie sería capaz de alcanzarle… Además, no deja ninguna estela detrás.

Estamos ya muy lejos de la isla, en medio del Océano. Apenas se oyen los motores, aunque la velocidad sigue siendo cada vez mayor. Tenes nos habla del *Tritón* y nos explica cómo se maneja. Luego, de pronto, sin disminuir la velocidad, hace virar en redondo al navío y, en menos que canta un gallo, regresamos a Poseidonis.

Xolotl, Teo y yo nos miramos. Los tres pensamos lo mismo: los atlantes han debido ser unos marinos prodigiosos. Si Tenes nos lleva a Francia, como ha prometido, apenas tardaremos en llegar…

* * *

Unos días más tarde, Tenes llamó a Teo y le dice que suba a la torre, que quiere jugar con él al ajedrez.

Xolotl y yo aprovechamos la ocasión para dar una vuelta por la isla. Salimos de palacio, recorremos algunas calles y vamos a parar a las murallas. Allí nos encontramos casualmente con Angorius, que parece encantado de vernos.

—Venid a casa —nos dice—, para charlar con tranquilidad.

Aceptamos y, nada más abrir la puerta, vemos una mujer, desconocida, de unos treinta años, sentada en la habitación que hace de cuarto de estar.

—Os presento a mi amiga Hassia —nos dice Angorius.

La joven nos saluda cortésmente, con una leve inclinación de cabeza, y luego dice:

—¿Es verdad, Angorius, que estos jóvenes viven en el Palacio Nuevo?

Tiene el rostro chupado y unos ojos duros, de reflejos metálicos, pero sonríe con gentileza. Le cuento brevemente cómo Tenes me sorprendió tras introducirme subrepticiamente en palacio y, de repente, observo que Angorius parece inquieto y mira alrededor, como buscando algo.

—No hay ratones, Angorius —musita Hassia.

—¿Estás segura? —pregunta este.

—Sí.

Xolotl y yo nos miramos. No comprendemos nada…

—No hablamos de verdaderos ratones —nos explica Hassia, que ha visto nuestro desconcierto—, sino de unos animalitos eléctricos provistos de un micrófono minúsculo y un transmisor… Recogen todas las conversaciones y las transmiten al Palacio Nuevo. Pero he registrado todo y aquí no hay ninguno.

Hassia habla dulcemente, en voz baja. Añade que los «ratones» se introducen por todas partes y que no conviene dejar las puertas abiertas. Cambia de conversación y dice:

—Así que vivís en el Palacio Nuevo, con el semidiós… ¿Es verdad que no hay guardias dentro?

Respondo que no y le hablo de los electroservidores. Hassia me escucha con mucha atención y me hace preguntas concretas que no sé contestar.

—Perdona… Es natural que no lo sepas todo… ¡Qué se le va a hacer! —dice un tanto decepcionada.

Permanece en silencio un buen rato. Se nota que no se decide a hablar y mira a Angorius como para pedirle consejo. De pronto, se lanza:

—Dime, Sergio: ¿eres capaz de guardar un secreto?

La pregunta me sorprende tanto que no sé qué responder.

—Arriesgo mi libertad, Sergio, si cuentas a alguien lo que voy a decir… Si Tenes se enterase, me metería en un calabozo para siempre…

Me mira fijamente a los ojos y aguarda mi respuesta que, naturalmente, es «sí».

—Los esclavos, aquí, son muy desgraciados —me dice —. Nacen y mueren en cautividad y trabajan día y noche, sin pausa. Nunca ven la luz del sol… ¿Lo sabías?

No, no lo sabía, pero lo sospechaba. ¿Cómo vamos a saber todo lo que sucede en la isla si apenas llevamos tres semanas?… Voy a decírselo, pero Hassia no me deja hablar.

—Sé que los esclavos se van a sublevar —afirma—. Dentro de unos días pasarán al ataque. Piensan asaltar el Palacio Nuevo y expulsar a Tenes…

Hassia sigue dándonos detalles de la sublevación. Está claro que está a favor de los esclavos y que hará todo lo que esté en sus manos para que triunfen…

—Creo que podrías ayudarlos, Sergio —dice por fin—. Nadie mejor que tú…

Vacilo, porque no sé cómo podría ayudarles yo. Hassia se da cuenta y me explica lo que piensa:

—Me has dicho que no hay guardias dentro del Palacio Nuevo, algo que yo ya sospechaba. Estaba casi segura de que Tenes vivía solo, protegido por trampas electrónicas. Eso facilita las cosas…

—Si, pero no sé qué tiene que ver conmigo…

—Muy sencillo: si no hay guardias en palacio nadie te vería sabotear esas trampas…

—Pero no sé donde están, ni cómo funcionan… ¿Cómo podría destruirlas? Los atlantes que las han montado sabrán mucho más que yo… ¿Por qué no se lo pides a alguno de ellos?

—No es tan sencillo, Sergio… Hace más de cien años que se instalaron esas trampas y los ingenieros que las hicieron están todos muertos. Se llevaron a la tumba su secreto. Hoy nadie sabe dónde están, ni cómo funcionan… Salvo Tenes, claro.

—Pero habrá quien las arregle, cuando alguna se estropea…

—No, Sergio. Son tan perfectas que no se estropean jamás.

Hassia sigue hablando y me doy cuenta de que los atlantes de hoy saben menos cosas que sus antepasados. No solo no progresan, sino que retroceden. Su civilización, sin duda, alcanzó su cénit hace cosa de un siglo y empieza a declinar.

—No sé qué responder a Hassia, pero Xolotl, que no ha abierto la boca hasta ahora, sale en mi ayuda:

—Vamos a pensarlo, Hassia —dice—. Es una decisión importante y no podemos tomarla sin reflexionar…

Xolotl ha dicho exactamente lo que convenía decir. Hassia se lo queda mirando inquisitivamente, como tratando de descubrir lo que piensa.

—Comprendo —dice por fin—. Pero sabed una cosa: los que no estén de mi parte, serán mis enemigos. Los esclavos atacarán dentro de diez días y yo me pondré al frente. Espero que me ayudéis. Si así lo hacéis, nada os pasará. Pero si os ponéis de parte de Tenes…

Hace una breve pausa, como para dar más énfasis a lo que va a decir, y concluye con el mismo tono suave de voz:

—… sufriréis su misma suerte. Los tres.

XI

Al día siguiente, Tenes nos comunica que no nos quiere ver. Nos lo dice mediante un altavoz disimulado en un muro, que nos transmite sus órdenes habitualmente. Sabemos que podemos responderle y que oye perfectamente nuestra voz.

—¿Cuándo podremos verte? —pregunta Teo.

—Esta noche, tal vez…

Tenes, como he dicho, actúa siempre caprichosamente, así que puede ser que nos llame y puede ser que no. Pero el caso es que tenemos el día libre y lo aprovechamos para pasear. Así, pues, abandonamos el palacio, salimos de la ciudad y buscamos un rincón tranquilo donde pueda contar a Teo nuestra entrevista con Hassia y Angorius.

—Está claro —dice Teo cuando termino mi narración—. Esa mujer quiere contar con nosotros…

Estamos sentados al pie de las murallas, sobre una roca batida por el mar, pues hace mucho viento y las olas son muy grandes. No es un sitio cómodo, pero está bien «aireado» y no es fácil que los «ratones» lleguen aquí.

—Hassia ha dicho que correríamos la misma suerte que Tenes si no colaboramos ¿no? —comenta Teo.

—Sí.

—Me revientan las amenazas…

La reacción de Teo no me extraña. Sé que se rebela si se le presiona. Cuando alguien trata de intimidarle, se revuelve y se crece.

—Si no fuese por eso, no me hubiese importado ayudar a los esclavos. Los pobres llevan una vida…

Lo mismo pienso yo. En realidad, me gustaría echarles una mano…

—A mí —dice de pronto Xolotl—, es otra cosa lo que me molesta.

—¿El qué? —pregunta Teo.

—Que nos han engañado.

—¿Qué quieres decir?

—Que Angorius es un viejo ladino. Nos ha movido como peones en un tablero de ajedrez. El cinturón antifase, por ejemplo…

—¿Cómo?…

—Sabía perfectamente que estaba en el cofre y lo preparó todo para que Sergio mordiera el anzuelo y entrara en palacio.

—¿Estás seguro?

—Sí —repuso Xolotl—. Recordad lo que dijo. Todo perfectamente calculado…

Escucho sin intervenir, pero creo que Xo tiene razón. Angorius nos ha engañado, sobre todo a mí. Me ha hecho actuar como quería.

—Pero introducir un cómplice en palacio, está claro. Lo mismo que el encuentro con Hassia. Todo preparado. Desde el primer momento, pensó que uno de nosotros podría cargarse las trampas electrónicas…

Una ola más fuerte que las demás rompe contra la peña en que estamos sentados y nos empapa, pero seguimos charlando… Sí, Angorius nos ha manipulado, mas ¿por qué reprochárselo?… Necesitaba un cómplice y tenía que buscarlo. Nuestra llegada facilitó mucho la cuestión. ¿Quién mejor que un extraño?

Vuelvo a pensar en los esclavos. ¿No deberíamos ayudarlos?

—¿Crees que podrías destruir las trampas? —me pregunta Xolotl.

—¿Yo?… ¿Estás loco?

Las trampas electrónicas deben estar escondidas en los muros de palacio. Para neutralizarlas tendría que saber antes dónde están. ¿Y si se encuentran protegidas? Recuerdo perfectamente cómo la jaula de oricalco me ha atrapado. Si intento localizar las trampas, me cazarán en menos que canta un gallo.

Se lo digo a Teo y a Xolotl.

—Tienes razón —dice Teo—. Creo que no lo conseguirías. Pero hay algo más.

—¿El qué? —pregunta Xo.

—Que Tenes nos ha tratado muy bien. Sería mezquino traicionarle…

Esto cierra la cuestión. Teo está en lo cierto: no podemos traicionar a Tenes. Si los esclavos se sublevan, no

debemos intervenir.

* * *

Seis días después, Tenes nos anuncia por el altavoz que no nos quiere ver, pero no nos da ninguna explicación, como otras veces suele hacer.

Xolotl y Teo deciden vagabundear por palacio. Yo decido dar una vuelta por la ciudad.

A poco de abandonar el palacio, me doy cuenta de que alguien me sigue. Es un hombre de unos treinta años que no trata de ocultarse y que pronto aprieta el paso para colocarse a mi izquierda. Le miro, desconcertado, porque no le he visto nunca.

—Te conozco, Sergio —susurra—. Y sé adonde vas.

—No voy a ningún sitio. Paseo, simplemente.

—No, Sergio. Has salido de palacio para ver a Hassia y darle una respuesta. Pero no sabes dónde vive, así que estoy aquí para mostrarte el camino.

Le observo atentamente. Es alto, robusto, musculoso. Debía estar seguro de que, más pronto o más tarde, saldría de palacio, y me estaba esperando. De pronto, noto que otro individuo se coloca a mi derecha. Vuelvo la cabeza y veo que es también joven e igualmente robusto. Comprendo: soy un prisionero.

Uno de los dos gorilas me tranquiliza:

—Calma, Sergio, no temas… Si no te resistes, todo irá bien.

—De acuerdo. Vamos.

Caminamos por callejuelas estrechas que no he visto nunca y, al cabo de un rato, nos detenemos ante una casita muy modesta. Uno de los dos gorilas abre la puerta y me

mete dentro de un empujón. Oigo una voz suave y tranquila, que enseguida reconozco.

—Hola, Sergio.

Es Hassia. Está sola en la habitación, sentada ante una mesa ovalada; hay otras tres sillas que están vaciás. Dos deben ser para los gorilas y la otra para mí.

—Hola, Hassia —digo con la mayor naturalidad de que soy capaz.

La joven me indica una silla. Me siento y los dos gorilas hacen lo mismo.

—Bueno, Sergio, ¿qué has decidido? —pregunta Hassia —. ¿Nos ayudarás?

No tardo mucho en responder. Sé que debo decirle la verdad y cuanto antes, mejor…

—He hablado con mis amigos, Hassia, y lo hemos pensado muy bien…

—Lo sabemos —dice uno de los dos individuos—. Os vimos discutir en los acantilados, pero el viento no nos permitió oír lo que decíais…

Como sabré después, el que ha hablado se llama Junius.

—Tenes ha sido muy amable con nosotros —prosigo diciendo— y se ha portado muy bien. No podemos traicionarle. Además…

—¿Además qué? —me interrumpe bruscamente Hassia.

—Las trampas electrónicas están ocultas en los muros de palacio y no las podría localizar.

Los dos gorilas callan. Hassia debe ser su jefe y esperan a que ella hable. Deja pasar unos instantes y luego me pregunta:

—¿Estás seguro, Sergio? ¿Cómo lo sabes si ni siquiera has intentado buscarlas?

—Lo sé porque vivo en palacio. Es inexpugnable, Hassia. Si lo hubieses visto, te convencerías de que a Tenes no se le puede vencer.

—¿No será que tienes miedo? —pregunta Junius con mordacidad.

Hay hostilidad en su voz. Me desprecia, está claro.

—Sí, Tenes es poderosísimo —le respondo en tono desafiante—. Está al tanto de todo lo que sucede en Poseidonis. Seguramente a estas horas ya sabrá dónde estoy…

—Me extraña —me dice con una mueca irónica—. Tenes no puede ver lo que pasa en este barrio, porque hemos roto todas las cámaras de televisión, ni oír lo que decimos, porque hemos destruido todos los «ratones».

No se qué responder. Pienso en la sublevación que se avecina y en la aparente calma que reina en la ciudad. ¿Serán los conjurados más fuertes de lo que Teo, Xolotl y yo hemos imaginado? ¿Estarán mejor preparados de lo que parece? ¿Acaso Tenes no sospecha nada?

Junius se vuelve hacia Hassia y le dice:

—No le dejes salir de aquí. Si se va, nos traicionará.

Está claro: me han tendido una trampa. Aunque no hace calor ninguno, rompo a sudar, de miedo. Me remuevo un poco en la silla y noto que la camisa se me pega al cuerpo. ¿Qué pensarán hacer conmigo?

El otro gorila habla por primera vez.

—Junius tiene razón —dice—. Debemos encerrarle.

Esto se pone feo y trato de reflexionar. Si vuelco la silla y corro hacia la puerta, tal vez logre escapar…

Vacilo. No, no podría: estoy demasiado lejos de la puerta y los dos gorilas…

A pesar de todo, lo intento: vuelco la silla, pero inmediatamente Junius se abalanza sobre mí. Me atrapa por un brazo cuando estoy a punto de alcanzar la puerta. Me hace dar media vuelta y me golpea con todas sus fuerzas: un directo a la barbilla que me derriba. Doy con la cabeza en el suelo y pierdo el conocimiento.

* * *

He debido estar inconsciente unos dos o tres minutos. Cuando recobro el conocimiento, veo que todo sigue igual. Estoy tumbado en el suelo y Hassia sigue sentada. Los dos gorilas permanecen de pie a mi lado, dispuestos a lanzarse sobre mi si hago otra tontería.

Me incorporo con dificultad. Me duele mucho la cabeza y la barbilla y no me apetece nada ponerme de pie.

—Mantengo lo dicho —oigo decir a Junius—. Debemos encerrarle…

—Te equivocas, Junius —dice Hassia con su voz suave —. Sergio debe regresar al palacio.

—Pero… ¿por qué?

—Porque conozco a Tenes. Si su amigo no vuelve, es capaz de hacer registrar la ciudad casa por casa para encontrarle.

—Bueno, depende…

—Lo sé. Tenes es imprevisible, pero no quiero correr ese riesgo… Será mejor que regrese.

Los dos forzudos no responden nada y se produce un tenso silencio…

Mientras tanto, me palpo la barbilla con precaución. No me ha roto nada, pero la tengo hinchadísima.

Junius observa lo que hago.

—¿Y el golpe en la barbilla? —dice volviéndose hacia Hassia—. No podrá disimularlo…

—No importa. Dirá que se ha caído… —replica Hassia.

Se vuelve hacia mi y me dice:

—Te vamos a soltar, Sergio. Pero antes tienes que prometernos que no nos traicionarás. No le dirás a nadie dónde has estado, ni siquiera a tus amigos…

—¿Por qué no a ellos?

—Porque las paredes oyen, en el Palacio Nuevo. ¿Acaso no lo sabes?

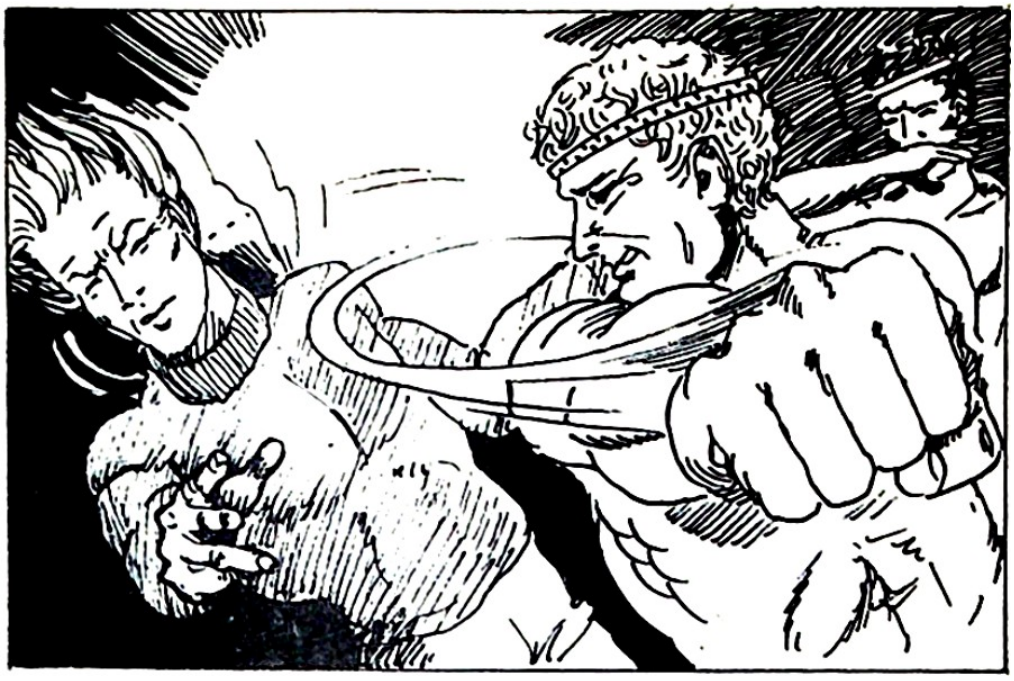
—Sí, Hassia. Te lo prometo; no se lo diré ni a ellos.

Los dos gorilas tuercen el gesto, pero se callan. Hassia reflexiona unos instantes y luego dice:

—La sublevación comenzará dentro de tres días, Sergio. Somos más fuertes de lo que tú te imaginas, y no salvarías a Tenes aunque te pusieras de su parte… Sin embargo, nos harías un gran servicio si fueras capaz de destruir algunas trampas. No lo olvides.

Me mira fijamente y concluye:

—Recuerda lo que te dije: si optas por ayudar a Tenes, correrás su misma suerte.



XII

Una vez en la calle, no me cuesta nada orientarme y llegar al Palacio Nuevo. La barbilla me duele mucho y me da la impresión de que todo el mundo me mira… Pero no, no solo es una impresión: los transeúntes no me quitan ojo de encima. Cuando traspaso las verjas del palacio, hasta los guardias vuelven la cabeza, lo que no han hecho jamás.

Xolotl y Teo se dan un buen susto, al ver mi barbilla hinchada y amoratadísima.

—¡Santo cielo! —exclama Teobaldo—. ¿Quién te ha hecho eso?

—Nadie —contestó—. Me he caído…

—Pero… ¿cómo?

—Tropecé en unas escaleras y caí de bruces.

Xolotl no dice nada, pero me mira receloso. Se ha dado cuenta de que estoy mintiendo…

—No es cosa tuya, el andar distraído —musita.

Lo cual quiere decir que no ha creído una sola palabra de lo que he dicho.

Tenes nos invita a cenar y, en cuanto me ve, se fija en mi barbilla.

—¿Qué te ha pasado, Sergio? —me pregunta.

—Me caí y me golpeé en la barbilla, pero no es nada…

—Eso espero.

Se olvida enseguida del asunto y no vuelve a hablar de ello.

Mientras Tenes nos cuenta sus historias, yo no puedo apartar de mi pensamiento a los esclavos. Siento pena por ellos y me gustaría ayudarles, pero ¿cómo hacerlo sin traicionar a Tenes?…

Antes de acostarnos, damos una vuelta por palacio. Camino como distraído, pero en realidad voy buscando alguna señal que me indique dónde están las trampas.

—¿Buscas algo? —me dice Xolotl de pronto, en voz baja.

—No; nada, nada…

En realidad, no sé lo que busco, pero tengo la esperanza de que, si los mecanismos de las trampas están escondidos en los muros, tal vez logre descubrirlos. Debe haber paneles móviles en algún sitio, pues las paredes están llenas de molduras, adornos y bajorrelieves que pueden ocultar algún resorte… Palpo algunos disimuladamente, con la esperanza de descubrirlo, pero no logro nada en absoluto.

Xolotl vuelve a mirarme inquisitivamente y murmura:

—No te esfuerces, Sergio. No debe ser tan sencillo…

Tras intentarlo en vano, me rindo. Comprendo que Xolotl tiene razón. Los secretos de los atlantes están muy

bien protegidos.

* * *

La víspera del día fijado para la sublevación, Teo me susurra al oído: «Solo quedan veinticuatro horas…».

Tenes está especialmente contento. Oyéndole reír y bromear, se diría que no sospecha nada en absoluto. Teo debe opinar lo mismo y, directamente, sin traicionar a Hassia, trata de advertirle.

—¿Ha habido muchas sublevaciones de esclavos, Tenes? —le pregunta durante nuestra habitual velada en la cúpula de la torre.

—Sí, bastantes —responde—. Pero todas fracasaron.

—¿Cuándo se produjo la última?

—Hará unos trece años… Pero no duró mucho. Todo acabó en un par de horas.

Mientras contesta, Tenes picotea un racimo de uvas que hay en un frutero del jade. El tono de su voz es neutro, como si aquello no le interesara.

—¿Atacaron el palacio? —pregunta Xolotl.

—Claro. Siempre lo atacan…

Callamos todos. ¿Merece la pena seguir indagando?… Tenes parece distraído, como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Y si se produjese otra sublevación? —pregunta Teo de pronto—. Tal vez lograsen su propósito…

Tenes rompe a reír de buen grado.

—¡No digas tonterías, Theobaldus! —exclama—. No es tan fácil entrar aquí, tú lo sabes… No hay guardias dentro de palacio, pero lo tienen rodeado…

—Comprendo. Pero si los esclavos lograran derrotarlos…

Tenes se encoge de hombros.

—No conoces todos los secretos del Palacio Nuevo, Theobaldus. Hay trampas por todas partes y además puedo bloquear todos los corredores con solo ordenarlo… No, nadie puede entrar en palacio.

Teo se da por vencido. ¿No habrá hablado demasiado? ¿Sabrá algo Tenes de nuestras entrevistas con Hassia?…

No creo. Tenes se olvida del asunto y empieza a hablarnos de otra cosa. Las sublevaciones de los esclavos parecen tenerle sin cuidado.

Cuando volvemos a nuestras habitaciones, para pasar la noche, tenemos los nervios rotos. No sabemos qué pensar, Hassia está segura de su fuerza y Tenes de la suya, pero, sin duda, uno de los dos se equivoca. Doy vueltas en la cama y no logro dormirme. Creo que a Xolotl y a Teo les pasa lo mismo…

De pronto, oigo que Xolotl musita algo en voz baja.

—¿Crees que será mañana, Sergio?

—Sí. Estoy seguro.

Contestó también en voz muy baja, por si hay micrófonos, aunque en realidad no me importa. Temo mucho más a los esclavos…

—Me gustaría saber cuándo empezará todo —musito.

—Cuando amanezca, supongo —susurra Teo.

—Tal vez antes… —insinúa Xo.

Intercambiamos todavía unas cuantas frases y terminamos por dormirnos.

Mi sueño es inquieto; tengo la impresión de descansar sobre una bomba de relojería que en cualquier momento

puede hacer explosión. Me despierto varias veces, empapado de sudor.

A eso de las tres de la madrugada vuelvo a despertarme y ya no me duermo. Me obsesionan los esclavos que viven en las profundidades de la isla. ¿Cuántos son? ¿Qué sienten? ¿Qué género de vida llevan?… No sabemos qué armas tienen, ni la magnitud de las trampas que les esperan. Lo ignoramos todo…

Xolotl y Teo duermen apaciblemente. Me levanto sin hacer ruido y me asomo a la ventana, abierta de par en par. Hasta mí llega ese extraño resplandor grisáceo que ilumina débilmente las noches de Poseidonis. Distingo confusamente las terrazas, las escalinatas y los muros de palacio, que parecen emerger de la oscuridad. Más allá, percibo la masa de los tejados de la ciudad, que descienden hacia el mar. Luego están las murallas y, al otro lado, el mar…

Y todo está en calma. Parece una noche como las demás.

XIII

Ha transcurrido la noche sin que pase nada. Nos levantamos, nos aseamos y desayunamos en nuestras habitaciones, como siempre que Tenes no nos invita. Nos extraña que no haya sucedido nada, pues estábamos convencidos de que la sublevación se iniciará de madrugada.

—Han debido aplazarla —comenta Teobaldo.

No añade nada más, por miedo a los micrófonos, pero comprendemos a qué se refiere.

Todo transcurre normalmente. El electroservidor nos trae puntualmente el desayuno, como todos los días, sin que sepamos quién lo prepara. Si ha estallado el alzamiento, debe haber sido dominado enseguida, o los sublevados luchan todavía lejos…

—¿Qué vamos a hacer esta mañana? —pregunta Teo mientras unta una tostada de mantequilla—. ¿Damos una vuelta por la isla?

Sé lo que está pensando. Si algo anormal sucede, la única forma de saberlo es esa.

Miro a Xolotl, que a su vez mira a Teo con expresivo gesto, como diciéndole: «¿Estás loco? Eso seria meterse en la boca del lobo…».

Opino lo mismo. Si salimos del palacio, los gorilas de Hassia nos echarán el guante enseguida.

—Entonces, ¿qué proponéis? —insiste Teo.

Inconscientemente, esperamos que Tenes nos llame, pero eso depende de su capricho.

Decidimos dar una vuelta por palacio, ya que Tenes puede localizamos en cualquier sitio. Teo propone subir a una de las terrazas que dominan la ciudad. «Tomaremos el aire», dice, pero yo sé que quiere saber lo que pasa allí abajo. Subimos, pues, a una de las terrazas más altas y nos apoyamos en la balaustrada. No vemos nada anormal; la gente circula tranquilamente por las calles, como todos los días… Empiezo a creer que Hassia ha mentido, o que no se ha atrevido a dar la señal y ha aplazado la sublevación por alguna razón que se nos escapa.

A eso de las diez de la mañana, Tenes nos reclama, a través de un altavoz que, como de costumbre, no sabemos dónde se encuentra:

—¡Sergius! Ven a verme enseguida y tráete a tus amigos…

Su voz es más dura y más precipitada. Seguro que sucede algo, pensamos.

No nos ha dicho dónde está, pero sospechamos que se encuentra en lo alto de la torre.

Tomamos el ascensor, que nos conduce a la sala con la cúpula de cristal, y, en efecto, allí está Tenes, hablando con un oficial. El rey acaba de preguntarle algo y llegamos a tiempo de escuchar la respuesta:

—Todo empezó a la media noche, semidiós. Un grupo de esclavos se apoderó enseguida de la central eléctrica… El ataque cogió a los guardias por sorpresa.

El oficial ha debido participar en la lucha, pues está despeinado y sudoroso, y lleva una mano vendada. Tenes le mira fijamente y le pregunta, con calma:

—¿Y los guardias no han contraatacado?

—No, semidiós.

—¿A qué esperan para recuperar la central?

—Sería inútil, semidiós. Los esclavos han destruido las máquinas… Hemos preferido concentrar todas las fuerzas disponibles en tomo al palacio.

Tenes parece estar tranquilo, pero su expresión es muy severa. Lleva puesta su coraza de oricalco y cubre sus hombros con el manto azul de los príncipes atlantes; su aspecto es realmente majestuoso, pero me inquieta la expresión de su rostro, de esa cara juvenil y, sin embargo, arrugada…

—Hemos colocado vigías en los puestos clave, semidiós —prosigue diciendo el oficial— y en todas las calles que desembocan en palacio. Desgraciadamente, no hemos podido prever su primer ataque…

—¿Por qué? —pregunta Tenes.

—Porque partió de los sótanos del palacio viejo… Derribaron las puertas y avanzaron por los subterráneos, donde no había centinelas. Cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde.

El oficial se calla y aguarda a que Tenes diga algo. La espera es angustiosa. ¿Será verdad que el rey puede matar con la mirada?… Si es así, temo por la vida de este hombre.

—Deberías haber hecho guardar los subterráneos… —dice Tenes, con calma.

—Sí, semidiós… Pero no pensé en ello. Los esclavos jamás han atacado por este lado.

—Precisamente por eso.

Se produce otro tenso silencio. El oficial vacila, abre la boca, pero, al final, no dice nada. Tenes tiene el ceño fruncido y mira al suelo. Temo que, de pronto, estalle su cólera…

—Vuelve a tu puesto de combate.

—A tus órdenes, semidiós.

El oficial saluda y abandona la sala. Tenes se vuelve hacia Teo y le dice:

—Sabías algo, ¿verdad? Ayer no hablabas a tontas y a locas…

—Sí, algo sospechaba —responde Teo—. Capté una conversación de dos individuos en la calle…

Por extraño que parezca, Tenes no pregunta nada más. Se encoge de hombros y dice, como si tal cosa:

—No es esta la primera sublevación que presencio, ni la segunda… Imaginaos: en más de quinientos años… ¡Tanto peor para los esclavos!

No osamos hacer el menor comentario, pero no podemos por menos de pensar en lo que estará sucediendo ahora en los subterráneos del viejo palacio.

—Sin embargo, hay algo curioso —dice Tenes—. Este ataque a la central eléctrica. Jamás se atrevieron…

—¿Es grave? —pregunta Xolotl.

—En absoluto. Hay un circuito de emergencia y dos salas blindadas con acumuladores que pueden suministrar luz al Palacio Nuevo durante más de veinticuatro horas.

—¿Y la fábrica que genera la luz desfasada?

—Cuenta también con baterías y un circuito de emergencia… No hay nada que temer, os lo aseguro. Mirad…

Aprieta el botón, se abre un panel en un lienzo de madera y, en una pantalla de televisión, aparecen los subterráneos del palacio viejo, donde se está desarrollando un terrible combate cuerpo a cuerpo. Los esclavos atacan y los guardias se defienden, procurando no herir a los primeros.

—Saben muy bien que hay detectores de metales en el Palacio Nuevo —comenta Tenes—, y que esos detectores están conectados con dispositivos que matan… No osarán entrar aquí con armas…

Ahora me lo explico todo: los esclavos atacan con porras y bastones, incluso a puñetazos, pero sin armas metálicas.

—Pero los guardias van armados con escudos y espadas… —insinúa Teo.

—Sí, pero son de un bronce especial sobre el que no actúan los detectores. Por eso los esclavos quieren apoderarse a toda costa de las espadas de los guardias.

Tenes sigue hablando con calma, como si la lucha no tuviera la menor importancia.

Observo que los esclavos llevan los ojos vendados y le pregunto por qué.

—Para que la luz no les deslumbre —me responde—. Son cintas transparentes, que les permiten ver un poco, sin quedar ciegos. No olvidéis que viven bajo tierra y no están acostumbrados a ver la luz del día…

Seguimos contemplando la batalla. Los guardias no golpean nunca a los esclavos con el filo de la espada, y, poco a poco, van reculando. Pero, de pronto, un oficial alza un brazo y busca algo en el muro, medio a ciegas.

—Fijaos —dice Tenes.

Unos potentes focos se encienden bruscamente tras los guardias. Su luz es deslumbrante y los esclavos retroceden gritando y cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Extraño combate! —musita Teobaldo.

Yo estoy tan asombrado como él, ante esta inaudita batalla. Los guardias no tardan en recuperar el terreno perdido, haciendo retroceder a los esclavos. Luego, los focos se apagan y se reanuda la lucha.

—Esperemos que las baterías no se agoten —musita Tenes.

Nos explica las vicisitudes del combate sin la menor emoción en la voz, como si estuviese contemplando una película. Poco a poco, sin embargo, a medida que la lucha se prolonga, va desapareciendo su indiferencia.

—No he visto nunca una sublevación como esta —dice —. ¡Qué tesón! Deben haber encontrado mejores jefes…

Hace un rápido gesto con la mano y desaparece la imagen de la pantalla de televisión, mientras el panel se cierra.

—Vamos a comer —nos dice.

Un electroservidor nos trae el almuerzo. Mientras comemos, sigo pensando en la lucha que se desarrolla en los subterráneos. Me gustaría saber lo que está sucediendo y creo que a Teo y a Xolotl les pasa lo mismo. En cuanto a Tenes, habla de distintos temas, pero debe estar pensando también en la batalla, porque, al final del almuerzo, dice:

—Estoy seguro de que hay traidores entre los guardias. ¿Cómo, si no, hubiesen podido entrar los esclavos en los subterráneos?

No dice nada más, pero vuelve a conectar el televisor; ahora, la lucha se desarrolla en otra galería subterránea. Tenes mira atentamente.

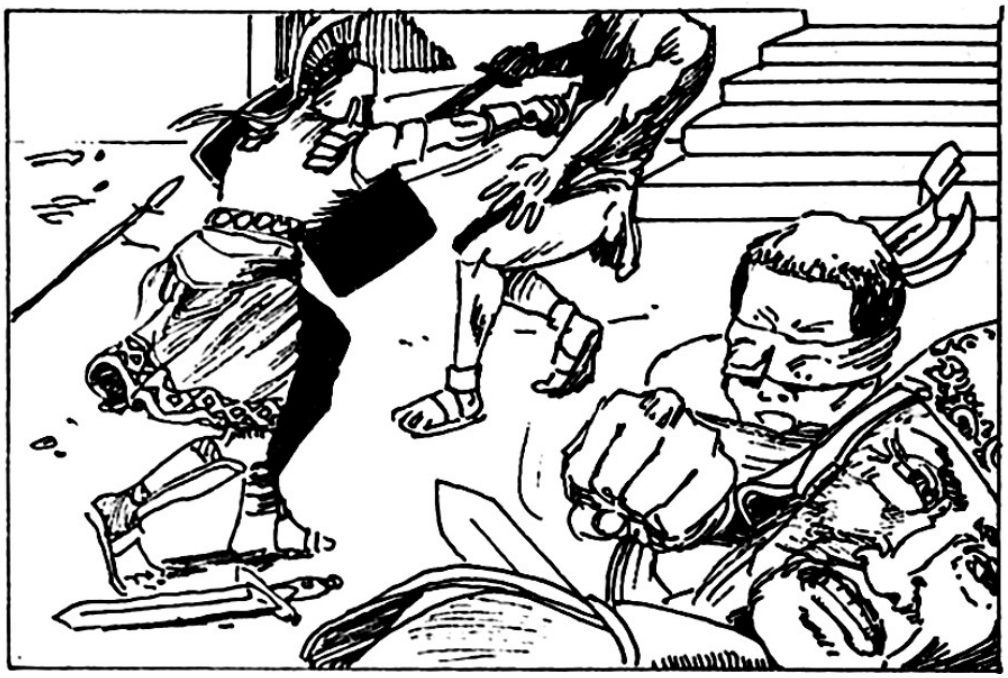
—Han avanzado —susurra.

Toma una jarra de vino, llena una copa y luego nos sirve a nosotros.

—Bebed —dice—, porque ya no podréis hacerlo hasta que concluya la lucha. En cuanto a mí, tal vez sea esta mi última copa…

La apura de un sorbo y se pone en pie ágilmente.

—Vamos a salir de aquí —dice—. Si nos quedamos, nos atraparían, a pesar de las trampas.



XIV

Tenes abandona la sala y nosotros le seguimos. Descendemos por una interminable escalera de granito que conduce a la base de la torre.

Estoy a punto de preguntar a Tenes que por qué no bajamos en ascensor, pero me doy cuenta a tiempo de que la respuesta es obvia: en primer lugar, para ahorrar energía y luego, porque si los esclavos lo bloquean, nos quedaríamos encerrados en él como en una tumba.

Mientras bajamos por la escalera, vemos, a los lados, salas y habitaciones que nunca habíamos visto. ¿Vivirán allí los amigos de Tenes? Constatamos, una vez más, que el Palacio Nuevo es enorme y que solo conocemos una pequeña parte.

—¿Dónde están tus otros amigos, Tenes?

—Se han ido. Les he permitido que abandonen el palacio.

Ha respondido sin volver la cabeza y sin pararse. Pienso que no nos va a dar más explicaciones, pero me equivoco.

—No me fío de ellos —añade—. Tienen en la isla amigos y parientes y pueden haberme traicionado…

Al llegar al final de la escalera, encontramos al oficial de antes.

—¿Algo nuevo? —le pregunta Tenes.

—Sí, semidiós. Los esclavos siguen avanzando. Hemos hecho venir a todos los guardias que patrullaban por la ciudad, pero no son bastantes. Cuando un esclavo cae herido, diez más se lanzan al asalto…

Tenes no dice nada. Reflexiona unos minutos, con los ojos bajos, y luego pregunta:

—¿Dónde están los heridos?

—Por aquí, semidiós.

El oficial nos lleva a una sala muy grande —una de las más hermosas del palacio—, habilitada como enfermería. Los guardias heridos están en un extremo y los esclavos en otro, atendidos por una docena de médicos y enfermeras. Tenes se dirige hacia los guardias y los observa uno por uno, buscando sin duda caras conocidas.

De pronto, se detiene ante una litera y exclama:

—¿Eres tú, Marcelo? ¿Dónde te han herido?

—En una pierna, semidiós —responde el aludido—. Me la rompieron…

Debe ser un oficial superior, de unos cuarenta años. Habla a Tenes con confianza. Sin duda le conoce desde hace tiempo.

—Me dieron un mazazo en la Rotonda Inferior y me derribaron, pero mis hombres consiguieron arrancarme de sus garras…

—Comprendo, Marcelo. No te preocupes… Curarás pronto.

Tenes se inclina sobre el herido y le aprieta cariñosamente una mano.

—No te abandonaré, Marcelo —susurra emocionado—. No permitiré que caigas en manos de esos esclavos. Si las cosas se ponen feas huiremos juntos. Haré que te transporten hombres de confianza. ¿Vale?

Marcelo mueve la cabeza de un lado a otro.

—Gracias, semidiós, pero me temo que va a ser imposible… Hemos tratado de defender la Rotonda Inferior, pero hemos perdido. Los esclavos se han apoderado de toda la planta baja.

Tenes se pone muy pálido y su rostro se endurece.

—¿Estás seguro, Marcelo?… Si se han apoderado de la Rotonda Inferior, no podremos llegar al subterráneo secreto…

—Así es, semidiós. Los esclavos lo han descubierto…

Tenes ya no le oye. Sus ojos brillan de cólera y tiembla como un poseso. Se yergue, se vuelve hacia el oficial que nos ha conducido hasta allí y grita:

—¿Por qué me lo has ocultado, gusano inmundo? ¿Por qué no me has dicho lo que pasaba?…

El oficial, inmóvil, hunde su cabeza en el pecho, incapaz de decir nada. Pienso que Tenes va a destrozarle, pero, con la misma rapidez que se ha desatado su cólera, se calma. Luego convoca a varios oficiales y empieza a darles una serie de órdenes.

De pronto, Teo me da un codazo discreto.

—Xolotl ha desaparecido —me susurra al oído.

Así es, en efecto. Miro alrededor y no le veo por ninguna parte, aunque hace un momento estaba con

nosotros. ¿Dónde puede haberse metido?…

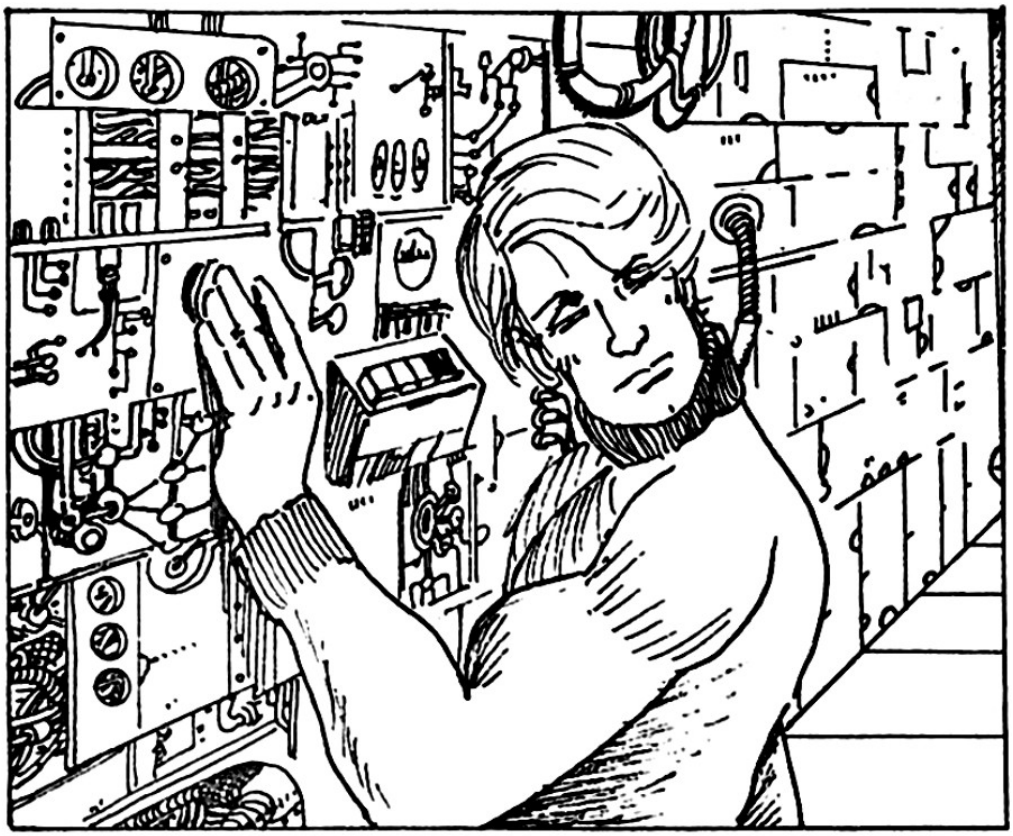
No me da tiempo de decirle nada a Teo. Tenes ha terminado de dar órdenes a los oficiales y, volviéndose hacia nosotros, nos indica que nos apartemos un poco para hablarnos a solas. Obedecemos, y cuando estamos en un rincón de la sala, nos dice:

—Esto se está poniendo muy feo… Los esclavos han avanzado mucho. Ahora que ocupan la Rotonda Inferior, pueden hacer cualquier cosa…

En frases cortas, nos explica cómo los subterráneos del palacio se comunican entre si, pero yo apenas le escucho, porque me obsesiona la ausencia de Xolotl. No me explico dónde puede haberse metido.

—No cabe hacerse ilusiones —sigue diciendo Tenes—. Los esclavos avanzan victoriosos. Si no se produce un milagro, no tardarán en tomar el palacio.

Lo que acaba de decir Tenes es tan grave, que me olvido de Xolotl y le miro, consternado. Su expresión es otra vez serena, fría, y su rostro no refleja cólera alguna.



—Hubiese podido huir, pero ahora… —musita.

—¿En el *Tritón*? —pregunta Teo.

—Sí, en el *Tritón*. Pero ya no podremos llegar a él, pues los esclavos se han apoderado del subterráneo secreto que une el Palacio con el puerto…

Recuerdo, de pronto, las palabras de Hassia: «Si optas por ayudar a Tenes, correrás su misma suerte». Hemos procurado mantenernos neutrales, no hemos ayudado a Tenes, pero, a pesar de todo, compartiremos su suerte. Estamos atrapados con él y nada podrá salvarnos…

Vuelvo a pensar en Xolotl. ¿Qué habrá sido de él? Miro alrededor una vez más y veo que se acerca. ¿De dónde viene?…

—Solo nos resta hacer una cosa —concluye Tenes—. Nos quedaremos aquí y resistiremos todo lo que podamos, con los guardias…

Tenes demuestra ser un hombre valiente. Si tiene miedo, lo disimula muy bien.

—Venid conmigo —nos dice.

Caminamos por un largo corredor. Teo marcha a su lado y Xolotl y yo detrás. Desde que ha vuelto, noto en Xolotl algo extraño, pero no sé lo que es.

—Xo, ¿pasa algo?

—No. Nada, nada…

Decido no insistir. Si Xolotl no quiere hablar, es inútil forzarle.

Tenes continúa avanzando con paso resuelto; tuerce por un corredor, luego por otro, y atravesamos salas que nunca hemos visto. De vez en cuando, se detiene para dar órdenes a los guardias, que se inclinan y responden: «A tus órdenes, semidiós».

Tras recorrer todo el palacio, Tenes nos introduce en una salita de reducidas dimensiones.

—Todavía hay esperanzas. Aguardemos aquí.

Nos sentamos en unos sillones y Tenes hace lo mismo. Veo que Xolotl está sudando a chorros, aunque no hace calor, y me sorprende.

—La culpa es mía —murmura Tenes—. Nunca debí confiar en los guardias. Debí tomar antes la iniciativa.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunta Teo.

—Porque nunca pensé que esta sublevación fuese tan importante. Hace trece años, no duró ni dos horas… Pero hay otra cosa…

—¿El qué?

—Que he envejecido. Tengo más de quinientos cincuenta años y no soy eterno. Moriré, como todos los humanos, un día u otro… Creo que mi mente ya no es tan

ágil como antes. Por eso, tal vez, no he reaccionado a tiempo. Me da la impresión de que lo veo todo envuelto en una niebla y…

Tenes no tiene tiempo de terminar la frase. Al otro lado del muro oímos unos pasos que se acercan…

XV

Tenes los ha oído y, por primera vez, parece que tiene miedo.

—¡Deprisa! —exclama en voz baja—. Tenemos que irnos inmediatamente.

Nos indica una puerta, al fondo, y en ese momento, una reja comienza a descender. Rápido y preciso, Tenes pasa bajo ella. Le seguimos con el tiempo justo para deslizamos, casi a gatas, y un instante después oímos un enorme estruendo en la salita que acabamos de abandonar. Una tupida red con malla de bronce se ha desprendido del techo, envolviendo los sillones en que estábamos sentados.

—¡Santo cielo! —exclama Teobaldo—. Vaya trampa…

—Es lo que sucede cuando se entra en esa sala armado —dice Tenes—. Es una de las trampas del Palacio Nuevo.

—Pero ninguno de nosotros lleva armas…

—Ya lo sé —responde Tenes, sonriendo—, pero alguien ha desencadenado el mecanismo. ¿No has oído pisadas al otro lado del muro?…

—Sí, pero…

—Voy a enseñarte algo —le interrumpe el rey.

Da unos pasos por el corredor y toca la pared con el dedo índice en un determinado lugar. Al punto, un panel se descorre dejando un hueco lo suficientemente amplio para que podamos pasar uno a uno.

—Este mecanismo solo funciona con mis huellas digitales —dice Tenes—. Nadie puede abrir estas puertas secretas sin forzarlas.

Algo así andaba buscando yo unos días antes; pensaba que habría resortes ocultos o molduras móviles, pero nunca pude imaginar un mecanismo tan sofisticado.

Al otro lado del pasadizo secreto se extiende un corredor mal iluminado. Oímos pasos que se alejan…

—Se van —musita Tenes—. Han comprendido que les hemos burlado…

El pasillo se asemeja a una galería del «Metro». Las paredes están llenas de extraños mecanismos: células fotoeléctricas, interruptores, relés.

Tenes se vuelve hacia Teo y le dice:

—¿Comprendes ahora lo que ha pasado?… Basta con apretar uno de estos botones para hacer caer la red. Algún esclavo, o quizá algún traidor, ha conseguido llegar hasta aquí y ha pulsado ese interruptor.

—Pero ¿cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Por los subterráneos, sin duda.

Es asombroso. El Palacio Nuevo está plagado de corredores secretos, falsos techos y paneles móviles, donde se ocultan los mecanismos que gobiernan las trampas. Tenes

es el único que conoce ese intrincado laberinto. Si los esclavos han entrado a través de los subterráneos ha debido ser porque han dado con alguna puerta secreta y la han forzado.

Una vez más, constato que apenas sabemos nada de este inmenso palacio. Me gustaría examinar con calma estos complicados mecanismos, tratar de descifrarlos y hacer algunas preguntas a Tenes, pero no me da tiempo.

—Solo podemos hacer una cosa —dice el rey—. Ir donde los esclavos no piensen en buscarnos.

Con gesto decidido, cierra la puerta secreta por donde hemos entrado. Luego sube por una escalera, seguido de nosotros. Debe conocerse al dedillo estos pasadizos, pues no vacila un solo instante. De vez en cuando se detiene frente a un respiradero, para mostrarnos algo.

Hace mucho calor en estos corredores y el aire es sofocante. Xolotl sigue sudando a chorros. Vuelvo a mirarle y me sigue pareciendo que hay en él algo raro, como si estuviera hinchado…

—¿Todo va bien? —le pregunto.

Sonríe forzadamente, pero no responde nada.

De vez en cuando, Tenes manipula mecanismos secretos, sin explicarnos lo que hace. Habla cada vez menos, como si estuviera más preocupado. Nosotros no osamos preguntarle nada. Finalmente, abre una puerta y abandonamos los corredores. Estamos en otra salita ignorada. Tenes neutraliza varias trampas, cierra la puerta y nos indica que nos sentemos.

—Aquí estaremos a salvo —dice.

Al cabo de unos minutos viene un oficial para informarnos del curso de la batalla. Dice que los esclavos siguen avanzando y que gran parte del palacio está ya en sus manos. Por la expresión de Tenes, comprendo que ha

perdido toda esperanza. Xolotl debe pensar lo mismo y, resueltamente, decide interpelarle.

—Perdona, Tenes, pero nos gustaría saber la verdad —dice—. No hay nada que hacer, ¿no es cierto?

—No. Todo está perdido…

—¿No hay forma de evadirse?

—No. Los esclavos controlan todas las salidas de palacio.

La expresión de Tenes es tan triste que resulta conmovedora. Deja pasar unos instantes y añade:

—No quiero caer en sus manos…

—¿Y no podríamos escapar por los tejados?

Tenes se asoma a un ventanuco, mira hacia afuera y dice:

—Tal vez… Pero ¿y luego?… La ciudad debe estar llena de traidores y de enemigos…

—Quizá pudiéramos llegar hasta el esquife, si es que todavía está donde lo dejamos…

—¿Con este atuendo? —replica Tenes, mostrándonos su manto azul y su coraza de oricalco.

—Eso no es problema —dice Xolotl, resuelto—. He traído ropa para disfrazarte…

Ahora comprendo por qué Xolotl había desaparecido y por qué parecía estar hinchado y sudaba: había ido a buscar ropa y se la había puesto bajo la suya… Hace una serie de movimientos rápidos y vemos que bajo sus pantalones y su jersey aparecen otros, que se quita y ofrece a Tenes.

—Tengo también dos bufandas —dice sacándolas de los bolsillos—, una para ti y otra para Sergio.

Tenes medita unos momentos. Así vestido y con el pelo tapado, tal vez… Quizá alguien se dé cuenta de que antes

éramos tres los extranjeros y ahora somos cuatro, pero mientras reacciona ya estaremos lejos…

Tenes no lo duda más: se despoja de sus vestiduras reales y se pone el jersey y los pantalones vaqueros.

—Tal vez lo logremos —dice—. Si esperamos a que anochezca, a lo mejor mis arrugas pasan inadvertidas.

Miro mi reloj. Quedan unas dos horas… Me cubro la cabeza con la bufanda, me la ato y me siento.

Transcurren unos minutos en completo silencio. De pronto, oímos como un chisporroteo bajo nuestros pies.

—¿No notáis calor? —dice Tenes—. Algo debe estar ardiendo…

Se inclina, toca el suelo con la punta de los dedos y exclama:

—¡Han prendido fuego al palacio!

En ese momento, oímos gritos y entrechocar de armas, cada vez más cerca. Xolotl entreabre la puerta y vemos que se lucha al otro extremo del corredor: cinco o seis guardias se enfrentan a una docena de esclavos que tratan de abrirse paso. Entonces, Tenes pone una mano en la pared y algo se desprende del techo de la galena. Los combatientes se ven envueltos en llamas, unas llamas de un blanco deslumbrante que parecen iluminar sin quemar. Guardias y esclavos cesan de luchar y se tapan los ojos con las manos. Una pesada verja cae del techo separando a los combatientes.

—¿Qué son esas llamas? —pregunta Teo.

—De magnesio. Y la verja es sólida. Los esclavos necesitarán tiempo para derribarla… Eso nos dará un respiro… Ojalá no nos alcance el fuego.

Tenes da media vuelta y se dirige al otro extremo de la salita.

—¿Qué pasará si los esclavos triunfan? —le pregunta Teo.

—Elegirán otro rey, uno de los cabecillas de la revuelta… Seguramente una reina. Al parecer es una mujer la responsable de todo.

Tenes habla con voz fría y serena, como si la sublevación no le concerniera. Cita unos cuantos cabecillas más y nos damos cuenta de que estaba al tanto de lo que se fraguaba. ¿Cómo lo habrá sabido? ¿Conocerá también mi entrevista con Hassia y sus dos gorilas?

—¿Liberará a los esclavos? —vuelve a preguntar Teo.

—¡Ni hablar! —responde Tenes con tristeza—. La isla lo necesita y Hassia lo sabe. No cometerá esa torpeza. Cambiarán de amo, eso es todo.

La respuesta de Tenes me deja boquiabierto, lo mismo que a Xolotl y a Teo.

El calor aumenta y decidimos emprender la huida. Tenes nos guía. Descendemos por una larga escalera que nos conduce al primer paso. Tenes se asoma a una ventana.

—Mirad —dice—. Huiremos saltando por esa terraza.

La conozco. Domina una de las calles, a espaldas del palacio. Si logramos llegar hasta la balaustrada, dando un salto de tres o cuatro metros estaremos en la calle. Lo malo es que para llegar a la terraza hemos de atravesar una galería en llamas.

—No hay otra solución —dice Tenes—. Si damos un rodeo nos cazarán irremediablemente.

La galería tendrá unos cincuenta metros de largo y está flanqueada por altos ventanales, a la izquierda, la pared de la derecha, cubierta de tapices, maderas nobles y muebles, está ardiendo, lo mismo que el techo.

—Hay que cruzarla a toda prisa —dice Tenes—, procurando contener la respiración… ¡Adelante!

Echa a correr a una velocidad endiablada. Nosotros le imitamos, sin perder un momento: yo, el primero, Xolotl a continuación y Teobaldo el último…

No tardan en envolverme las llamas y siento que me asfixio. Estoy a punto de salir de la zona más peligrosa cuando oigo tras de mí un formidable estruendo. Me vuelvo y veo, horrorizado, que una viga ardiendo, desprendida del techo, acaba de derribar a Teo.

—¡Deprisa! —grita Xolotl.

Corremos en su ayuda y le ayudamos a levantarse. Está como atontado, pero no ha perdido el conocimiento. No hemos hecho más que rebasar la zona peligrosa cuando el techo se hunde con estrépito.

—¡Tiene el pelo ardiendo! —exclama Xolotl.

Es cierto. La viga ha debido soltar chispas que han prendido en su pelo. Xolotl se quita el jersey a toda prisa y cubre con él la cabeza de Teo.

—Gracias… gracias —musita, palpándose la espalda.

—¿Te duele?

—Un poco… Pero creo que no tengo ningún hueso roto.

Tenes se acerca y mira a Teo, que ahora se lleva las manos a la cabeza.

—No te preocupes —le dice—. Aunque se te haya quemado el pelo, no te quedarás calvo. Te crecerá más fuerte…

Está claro que no se impresiona fácilmente. En los abordajes, ha debido ver muchas cosas como esta.

Salimos a la terraza y corremos hacia la balaustrada. La calle, casi desierta, está cuatro metros más abajo, como

suponíamos. No es demasiado difícil saltar cuatro metros, siempre que se haga como es debido, con suavidad y flexionando las piernas… Nos dejamos caer y rodamos por el suelo. Un par de viandantes nos han visto y dan la voz de alerta, pero no nos siguen. Les preocupa más el palacio ardiendo.

Enfilamos una serie de estrechas callejuelas que descienden hacia el mar. La gente que se cruza con nosotros ni siquiera nos mira; todos están pendientes del incendio.

Al llegar a lo alto de las murallas, Xolotl se adelanta y se asoma entre dos almenas. Enseguida se vuelve hacia nosotros y grita: «¡El esquife está en su sitio!».

Bajamos a trompicones por la escalera de piedra. Teo atrapa la soga que sujeta la canoa y la arrima a una de las gradas. Xolotl monta en la barca y empuña los remos. Le digo a Tenes que suba.

—No. Tú primero… —dice.

Y le obedezco.

XVI

Estamos casi a salvo. Remamos enérgicamente y el esquife se aleja de la isla. Tenes está sentado detrás y contempla las murallas. Sospecho lo que piensa: si descubren que hemos huido y los esclavos se apoderan de un navío, nos alcanzarán en poco tiempo. Xolotl debe pensar lo mismo, porque le oigo musitar: «Ojalá ya estuviéramos lejos…».

A pesar del cansancio, remo lo más deprisa que puedo, lo mismo que Teo. Tenes no ha abierto la boca y nosotros respetamos su silencio. Unas cuantas gaviotas revolotean en torno nuestro, como si se dispusieran a seguirnos. Sin dejar de remar, vuelvo la cabeza para contemplar la isla y el palacio en llamas. El ala Oeste está ardiendo y las llamas lamen ya la torre…

—Ya comienza a difuminarse —oigo decir a Teo.

Así es, en efecto. La isla empieza a desaparecer lentamente. Primero se hace como transparente y luego, poco a poco, se va como disolviendo, hasta desaparecer por completo.

Miro a Tenes, que tiene los ojos cuajados de lágrimas, pero cuando ve que le observo, vuelve la cabeza y se pasa una mano por los lagrimales.

—¡El sol! —oigo exclamar a Xo.

Es cierto. Se está ocultando en el horizonte, pero todavía brilla unos segundos. Es la primera vez que lo vemos, desde que naufragamos. Estamos iluminados por la luz del mundo; los atlantes ya no nos pueden ver. Teo cesa de remar y dice:

—Vamos hacia el Oeste y eso no puede ser.

—¿A dónde quieres ir?

—Hacia las costas de África. Deben ser las más cercanas…

—No —responde Teo encogiéndose de hombros—, pero es nuestra única posibilidad. Además, cuanto más nos acerquemos más fácil es que encontremos algún barco…

—Que Dios te oiga, pero muy difícil lo veo…

Xolotl tiene razón. El Océano es inmenso y el esquife demasiado pequeño… En cualquier caso, lo que propone Teo parece ser lo mejor.

Contorneamos la isla, manteniéndonos alejados de ella, y ponemos proa al Este. Tenes sigue sin abrir la boca. Continúa sentado a popa y contempla el mar como ensimismado.

Seguimos remando hasta que se hace de noche y luego nos tumbamos a dormir en el fondo del bote. Felizmente, el mar está en calma.

Me despierto en cuanto amanece, al mismo tiempo que Xolotl, y enseguida nos ponemos a remar hacia el sol saliente, sin hacer ruido para no despertar a Teo y al rey. Teo no tarda en despertarse, pero Tenes sigue durmiendo. Hace frío y le cubrimos con un jersey.

—Mejor es que descanse —susurra Xolotl.

Pasan dos horas, y luego tres. Tenes sigue sin despertarse y nos empezamos a preocupar. Opto por sacudirle por los hombros, mientras Teo y Xolotl siguen remando. Abre los ojos y se esfuerza por incorporarse, sin lograrlo. Debe encontrarse mal…

—¿Estás enfermo, Tenes? —le pregunto.

—Sí. No me encuentro bien…

Está muy pálido y tiene profundas ojeras, como si no supiese dónde se encuentra. Y cuando se decide a hablar, lo

hace con esfuerzo.

—Todo lo que ha sucedido ha sido por mi culpa —dice —. Creía que reprimir la sublevación sería fácil… Mi mente ya no funciona como antes. Debía haber actuado con más rapidez…

Se calla de pronto, como si recordase que ya ha dicho lo mismo ayer. Me mira, sonríe amargamente, vacila y luego añade:

—Cuando os conté cosas de mi vida, os oculté algo. ¿Has oído hablar del *Esmeralda*, Sergio?

—No.

—Era un galeón que transportaba oro a España, en 1702. El año quizá no tenga importancia para ti, pero si para mí. Atacamos el *Esmeralda* cerca de las Azores y lo capturamos. Yo iba con los marineros atlantes y fui uno de los primeros en lanzarme al abordaje. Entonces sucedió.

—¿Te hirieron?

—Sí. Un sablazo que me perforó el pulmón derecho. Mis compañeros me trasladaron a Poseidonis. Estuve unos

seis meses entre la vida y la muerte, pero el médico de palacio me salvó. Me curé, pero perdí el pulmón…

Recuerdo la agresión de que fue objeto en las naves de bronce. Aquel día, Tenes dejó que Teo le defendiera, sin hacer nada para ayudarle, ahora comprendo por qué. A pesar de su apariencia juvenil, es un anciano mutilado y enfermo.

—Y eso no es todo —añade—. Necesito tomar un cierto medicamento para vivir. He de ponerme una inyección cada veinticuatro horas para no morir.

Nombra el medicamento, pero no me dice nada. Quizá si fuera médico, químico o farmacéutico…

Xolotl y Teo han dejado de remar y le escuchan con atención.

—¿No tienes esa medicina? —pregunta Xolotl.

—No. En el *Tritón* sí, tenía para dos años. Sabía que los esclavos se iban a sublevar, pero nunca pude imaginar que la Rotonda Inferior caería en sus manos. Cuando supe que el pasadizo del puerto estaba bloqueado, comprendí que todo había acabado.

Nos mira largamente y dice:

—Sin ese medicamento, no viviré ni tres días.

* * *

Nos turnamos en los remos, Teo, Xolotl y yo. Tenes permanece inmóvil, sentado a popa y hecho un ovillo. De vez en cuando le preguntamos cómo se encuentra y él responde imperturbable: «Bien, bien…».

No duerme. Mira al mar o contempla cómo remamos, sin pestañear. Es como si tratara de hacer acopio de fuerzas para aguantar al máximo. De repente, dice:

—He vivido más de quinientos cincuenta años, no me puedo quejar…

Dejamos de remar a la caída de la tarde y nos tumbamos en el fondo de la canoa, como la noche anterior. Tenes y Teo se duermen enseguida, pero yo no logro conciliar el sueño.

Al abandonar la isla, logramos coger un poco de fruta en un puesto callejero, pero ya no queda nada. Solo un poco de agua dulce, en una garrafa. Pensando en lo que nos espera, me he desvelado.

Xolotl también está despierto. Pasado un buen rato, me dice en voz baja:

—¿Crees que nos descubrirá algún barco?

¿Cómo responder a esa pregunta?… Es algo imprevisible.

Cansado de permanecer echado, me pongo de pie para estirar un poco las piernas. Las abro, para no perder el equilibrio, y miro al mar, iluminado por la luna. Está tan tranquilo que parece un lago. El Atlántico rara vez está en calma. Salvo en noches de verano con luna llena, como esta. Xolotl me mira de reojo.

—Supón que encontramos un barco —dice—. ¿Irá en él algún médico?

—Si es un barco grande, seguro.

—Pero ¿será capaz de salvar a Tenes? ¿Tendrá algún medicamento como el que necesita?

No sé qué responder y me encojo de hombros.

—¿Sabes? —añade Xolotl—. Esa medicina debe ser un invento de los atlantes. Una droga desconocida fuera de la isla.

Al día siguiente por la tarde, Teo descubre un barco en el horizonte. Enseguida, se lo decimos a Tenes.

—¡Estamos salvados, Tenes! ¡Buque a la vista!

No responde. Ni siquiera alza la cabeza, hundida en su pecho. Tiene los ojos cerrados y no reacciona. ¿Nos habrá oído?… Le tomo el pulso: es muy débil y lento… Quiera Dios que el barco nos descubra…

En apariencia, ser salvado en pleno océano, con buen tiempo, es relativamente fácil, pero en realidad no lo es tanto. Vemos claramente el barco porque es grande, pero desde el barco no nos ven a nosotros porque el esquife es muy pequeño. De ordinario, los botes de salvamento llevan bengalas para hacer señales, pero no el esquife. Y el barco no se acerca…

—Es preciso llamar la atención de ese buque —dice Teo.

Nos quitamos la camisa y la agitamos frenéticamente. Al cabo de un rato, vemos que el barco vira a babor.

A medida que se acerca lo distinguimos mejor. Es un gran paquebote, uno de los pocos trasatlánticos todavía en servicio, dedicados a hacer cruceros más que viajes regulares.

—¡Estupendo! Un paquebote de lujo… Llevará médicos, enfermeras y hasta un pequeño hospital.

El barco se sigue acercando y ya podemos leer su nombre: *Vermland*. Es un paquebote sueco. Reduce la velocidad y luego se para.

Remamos hacia él siguiendo las indicaciones de un oficial. Ven que hay un enfermo y hacen descender una camilla, en la que colocamos a Tenes. Como está inconsciente, me coloco a su lado, para sostenerle. Una vez en cubierta, un par de camilleros lo transportan a la enfermería. Les acompaño y cuento al médico de guardia su historia, en pocas palabras. Por suerte, habla francés. Me comprende enseguida y no deja de actuar, a pesar de su sorpresa. Ha visto las arrugas que surcan el rostro de Tenes y su pelo blanco, por lo que no duda que digo la verdad. Le quita el jersey y le ausculta con el estetoscopio.

—Su corazón late muy débilmente —dice—. Está completamente agotado…

Le palpa las manos y los pies y añade:

—Está helado. Me parece que…

No termina la frase, pero me imagino lo que iba a decir: Tenes ha entrado en coma, y no tardará en fallecer. En realidad, no me sorprende, pero no puedo evitar mi emoción.

—¿Sabes si estaba tomando alguna medicina? —me pregunta el doctor.

Le digo que sí y le doy el nombre del medicamento. El médico niega con la cabeza y dice: «Eso no puede ser».

Xolotl y Teo acaban de entrar en la enfermería y Teo, que tiene muy buena memoria, confirma lo que ha dicho.

—Pero es imposible —insiste el doctor—. Una fórmula como esa sería inestable, se descompondría en pocos segundos. ¿Estáis seguros de que Tenes dijo eso?

—Por completo —respondemos los dos.

El médico se queda unos instantes meditabundo. Luego reacciona y dice:

—Si el nombre del medicamento responde a lo que creo debe ser su composición, eso quiere decir que los químicos de esa isla son más listos que nosotros y han logrado estabilizar sus elementos… Cosa que nosotros no podremos hacer.

Xolotl me mira como diciendo: «¿Recuerdas que ayer te dije que tal vez se tratase de una droga desconocida?…». Le miro también y bajo la cabeza, como dándole la razón.

El médico sigue meditabundo.

—Voy a intentar elaborar un medicamento que se asemeje a ese —dice por fin—, aunque no sé si lo lograré.

Abre una vitrina y examina varias de las medicinas guardadas allí. Mientras tanto, Teo me cuenta, en voz baja, que han izado el esquife, que el *Vermland* ha reanudado la marcha y que van a telegrafiar a mi padre para que sepa que estamos sanos y salvos. Le oigo como enajenado, porque no puedo apartar mi pensamiento de Tenes.

Pasa el tiempo y el médico no acaba de decidirse. Por fin, toma dos cajas de inyecciones distintas y dice:

—Voy a intentarlo con estos dos medicamentos, pero mucho me temo que no dé resultados.

Rompe dos cápsulas de cristal y mezcla el liquido contenido en ambas en una jeringuilla. Son gestos convencionales, que conocemos muy bien, pero que en este caso adquieren una importancia extraordinaria. Pone la inyección a Tenes y nos dice:

—Ahora habrá que esperar una hora por lo menos para ver la reacción.

La espera se nos hace interminable. Permanecemos sentados en un banco próximo a la cabecera del enfermo, sin dejar de mirar el reloj. Al cabo de media hora, Teo, impaciente, se levanta y toca suavemente con su mano la frente de Tenes.

—No sé si me equivoco —dice—, pero creo que está cada vez más frío…

—Puede ser —responde el doctor—. Si, como os ha dicho, tiene más de quinientos años, ya es milagroso que viva…

Teo, Xolotl y yo nos miramos. Está claro que Tenes va a morir.

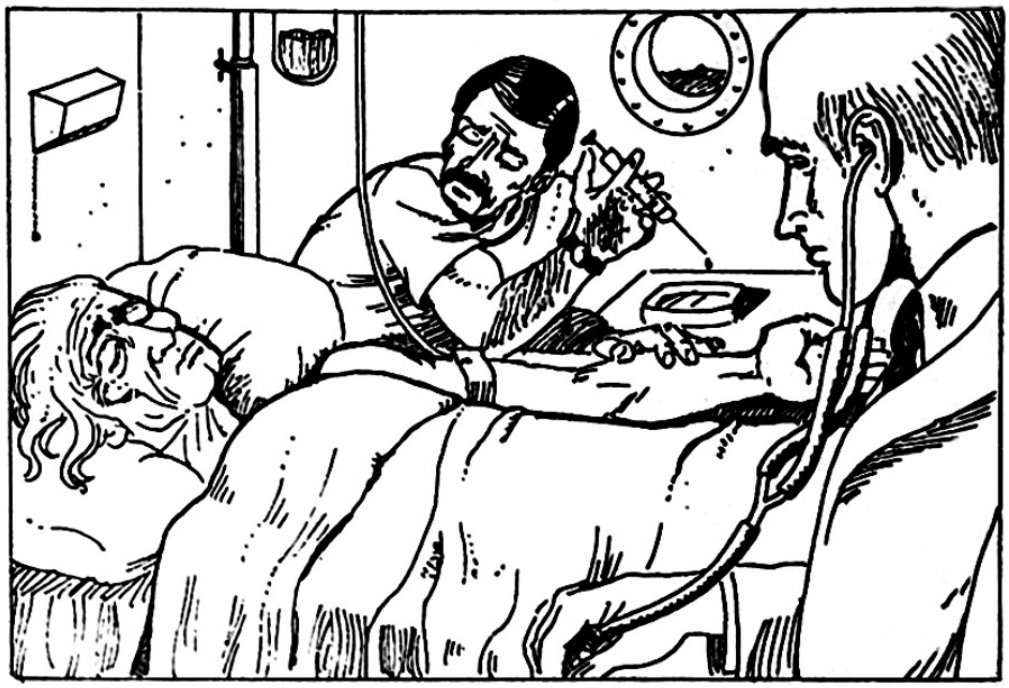
El médico se acerca al enfermo y otra vez vuelve a aplicarle el estetoscopio al lugar del corazón.

—Está acabándose —susurra—. Es posible que el corazón deje de latir de un momento a otro.

Retira el estetoscopio y empieza a pasear, nervioso. Luego, de pronto, toma una decisión. Con gestos rápidos y precisos toma dos ampollas, las sierra, mezcla los líquidos en la jeringuilla y le pone otra inyección.

—Tal vez cometa una imprudencia —dice—, pero, en cualquier caso, iba a morir. Es la única posibilidad…

Vemos cómo la jeringuilla se va vaciando poco a poco y contenemos impacientes la respiración. La suerte está echada. No queda sino esperar…



XVII

Hace más de tres horas que el médico le puso la segunda inyección y Tenes sigue con vida. Tiene todavía helados las manos y los pies, pero su corazón sigue latiendo. No nos hemos separado de él y aguardamos con creciente impaciencia, hasta que Teo sugiere al doctor que le ponga otra inyección.

—No, ni hablar —replica el médico—. Eso le mataría…

—¿Y no es posible hacer otra cosa? Aplicarle oxigeno, tal vez.

—No. No cabe más que esperar.

Se ha hecho de noche y aguardamos en la semipenumbra de la enfermería, como cuatro sombras inmóviles y mudas atentas tan solo a la respiración de una quinta sombra. De vez en cuando, el médico se acerca al lecho del enfermo y le vuelve a auscultar.

Hacia las dos de la madrugada, repite la operación y le oímos decir:

—Parece que el corazón se recupera…

Nos pasa el estetoscopio, nos lo aplicamos a los oídos uno a uno y escuchamos con atención. Si, los latidos del corazón se aceleran, recobran su vigor… Al mismo tiempo, la respiración de Tenes se va haciendo más honda, más perceptible, más regular, y los pies y las manos empiezan a entrar en calor.

Hacia las cuatro de la madrugada, el médico vuelve a auscultar a Tenes.

—Está fuera de peligro —musita—. Tiene setenta y cuatro pulsaciones por minuto y su respiración es casi normal. No tardará en despertarse… A no ser que decida dormir…

Se quita la bata blanca y nos dice:

—Voy a descansar un poco. Llamadme, si observáis algo raro aunque no creo que ocurra… Quedaos uno de vosotros y los demás id a dormir.

Decidimos quedarnos en la enfermería los tres, pues estamos demasiado nerviosos para descansar. No hablamos, sin embargo, para no despertar a Tenes, que parece dormir.

A eso de las seis de la madrugada vemos salir el sol. La enfermería se ilumina poco a poco y todo se colorea de rojo a nuestro alrededor. De pronto, Xolotl se levanta, se inclina sobre el lecho en que reposa Tenes y nos llama en voz baja.

—Venid… Venid…

Tenes sigue durmiendo pacíficamente, pero han desaparecido las arrugas de su cara y de sus manos. Nadie diría que es un anciano, a no ser por su pelo. Es fantástico: el medicamento le ha transformado, un medicamento compuesto por dos medicinas, distinto del que venía

tomando, y que el médico le había administrado sin la menor confianza.

—No parece él —susurra Xolotl.

Y, de repente, se despierta. Abre los ojos y nos mira uno a uno. Luego pasea su vista por la habitación y no parece sorprenderse, como si ya supiera dónde está.

—Tengo sed —musita.

—No te muevas —dice Teo—. Voy a buscar un poco de agua.

—¡Ni hablar! Iré yo…

Y, sin que nos dé tiempo a reaccionar, se incorpora, salta de la cama y se dirige al lavabo.

Coge un vaso y se dispone a llenarlo en el grifo, pero, al ver su rostro en el espejo que hay encima, lo deja caer bruscamente y lanza una exclamación.

—¡Estoy curado! —susurra.

Se ha olvidado de su sed y no hace más que mirarse el rostro, el cuello, las manos… nos mira, sonríe, y ni corto ni perezoso, se dirige hacia la puerta de la enfermería.

—¿Dónde vas, Tenes? —le pregunto yo.

—Al puente, claro. A tomar un poco el aire…

Parece estar en plena forma. Se diría que el encontrarse en un barco le ha vuelto a su juventud. Le seguimos hasta la cubierta y vemos que corre hacia la barandilla y se asoma para ver el mar. Lo contempla largo rato, aspirando hondo el aire fresco de la mañana. Luego, volviéndose hacia mí, dice:

—¿Te das cuenta, Sergio? ¡Todo vuelve a empezar!

* * *

Aunque son poco más de las seis de la mañana, la cubierta no está desierta. Unos cuantos pasajeros se han levantado para ver salir el sol, y observan a Tenes con curiosidad. No lleva ya la bufanda con que se cubría la cabeza al salir de la isla y su pelo llama la atención. Más pronto o más tarde, darán lugar a preguntas indiscretas. Se lo digo a Xolotl y, enseguida, vuelve con una boina que no sé donde ha podido sacar, aunque siempre tiene recursos, en casos así. Tenes se la pone, y la gente deja de mirarle.

No por eso la curiosidad de los pasajeros desaparece. Después de comer, Tenes y Teo se ponen a jugar al ajedrez en un rincón del salón. Xolotl y yo paseamos por cubierta. Un individuo se nos acerca y, tras saludarnos, dice:

—Me llamo Roccourt y soy periodista… ¿Comprendéis?

Es un hombrecillo regordete y risueño, con ojos penetrantes y burlones.

—No sé lo que hemos de comprender, señor.

—Los periodistas siempre andamos tras pistas interesantes…

—¿Y…?

Me di cuenta de que sospechaba algo, pero no sé exactamente el qué.

—Me he fijado en el esquife que izaron cuando subieron a bordo y he visto un nombre escrito en él: *San Cristóbal…* Así que me he puesto en contacto con el Lloyd's de Londres. ¿Sabéis lo que es?

—Más o menos… —respondo.

En realidad, lo ignoro, sin embargo, procuro disimular.

—Se trata de la Compañía de Seguros marítimos más importante del mundo; tiene información sobre todo lo que sucede en el mar… He telegrafiado para preguntar si sabía algo del *San Cristóbal…*

—¿Y le ha llegado la respuesta?

—Sí. El *San Cristóbal* naufragó hace seis semanas y no parece que hayáis pasado mes y medio perdidos en el mar.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Bueno, no estáis precisamente depauperados, ni quemados por el sol. Además, me han facilitado el nombre de los pasajeros y de todos los miembros de la tripulación. Estos eran mayores que vosotros. Pero no es solo eso: los pasajeros eran *tres* jóvenes de unos diecisiete años. ¿Cómo ahora sois cuatro? ¿Y por qué el cuarto tiene el pelo blanco?…

—Porque es albino, señor.

—¡Ni hablar! He conocido algunos albinos y no son como él. Tienen la piel muy blanca y los ojos rojizos. Este es moreno y de ojos oscuros…

El hombrecillo empieza a ponerse nervioso. Estoy a punto de decirle que Tenes se tiñe el pelo, pero opto por mandarle a paseo, sin más.

—Óigame bien, señor Roccourt: no tengo por qué darle explicaciones y no se las pienso dar. Cada cual es dueño de

guardar su intimidad.

El hombrecillo se queda desconcertado con mi respuesta.

—Bueno, bueno —responde muy tieso—. Si te lo tomas así…

Y dando media vuelta, se va.

* * *

Media hora más tarde nos reunimos todos en el camarote que nos han asignado. Charlamos animadamente, menos Tenes, que no ha abierto la boca.

—¿Estás pensando en tu isla? —le pregunta Xolotl.

—Sí. No es fácil olvidarse de quinientos cincuenta años en unas horas…

Hay tristeza en su voz. ¿Cómo olvidar las altivas murallas, el soberbio palacio, los monumentos de la ciudad? ¿Cómo no añorar aquellos magníficos salones, los pisos de mármol, las paredes de oricalco, la cúpula de cristal?…

Subimos a cubierta y contempla el horizonte hacia Occidente. Se ha hecho de noche y la luna riela sobre el mar. Parece como si quisiera traspasar con su mirada el punto en que se unen mar y cielo, o que esperase que de pronto surgiera la isla de Poseidonis.

—Tenes —pregunta Xo—: ¿regresarías a la isla si pudieras volver?

—Si —responde sin vacilar—. Y volveré. No ahora… Pero sí dentro de unos años, cuando disponga de un barco

que me pueda llevar.

—¿Y la luz invisible? ¿Y el mecanismo que desvía la aguja de las brújulas?… ¿Cómo lo encontrarás?

—Como otras veces. ¿Acaso crees que es la primera vez? Lo que es una trampa para los demás para mí no lo es.

—¿Y qué piensas hacer hasta que vuelvas? ¿De qué vivirás?

Tenes se encoge de hombros.

—Eso es lo de menos. Ya me las arreglaré.

Escucho sin intervenir. Recuerdo lo que Tenes nos ha contado de sus pasadas correrías y pienso en su existencia errante, en su estancia en Génova en tiempos de Colón, en su vida como corsario… Sí. Un hombre con esas experiencias «se las arreglará». No sé lo que pensará hacer, pero saldrá adelante, sin duda. Mejor o peor.

De pronto, Tenes deja de mirar al mar, como reaccionando bruscamente, y enseguida pregunta:

—¿Cuándo tocaremos en el primer puerto? Es Xolotl quien habla. No sé cómo ni cuándo se ha podido enterar, pero responde sin vacilar:

—Pasado mañana, al alba.

—¿En qué puerto?

—En Cádiz.

XVIII

Estamos en Cádiz. El *Vermland* se encuentra amarrado a uno de los muelles del puerto desde esta mañana y los pasajeros han bajado a tierra para visitar la ciudad. Le hemos preguntado a Tenes si quería hacer lo mismo y nos ha dicho que no. Nos quedamos, pues, en el barco, yendo de acá para allá, hasta que, a eso de las cinco de la tarde, empiezan a regresar los pasajeros, ya que el barco no tardará en zarpar. Roccourt también se ha ausentado y, en ese sentido, hemos tenido tranquilidad.

—¿Te has fijado en Tenes? —me pregunta Xolotl de pronto, en un aparte.

—Sí, me he fijado. Se ha pasado el día sin hablar y no parece el mismo. ¡Con lo locuaz que era cuando estábamos en Poseidonis! Está como ausente, pero no comprendo por qué…

—Creo que está planeando largarse… —añade Xolotl.

—¿Ahora? ¿Cuándo el barco está a punto de zarpar? Si hubiese pensado fugarse, habría bajado a tierra con los demás pasajeros…

—No, porque habríamos bajado con él. No le hubiese sido fácil darnos esquinazo.

No sé qué responder. El razonamiento de Xo no es tan absurdo como parece.

—¿Y qué te hace pensar que quiere irse? —pregunto.

—Nada en concreto. Es solo como un presentimiento…

No dice nada más, pero me deja preocupado porque sé que cuando se deja llevar por su «olfato» no se suele equivocar.

A partir de ese momento no dejamos de vigilar a Tenes y procuramos no perderle de vista un solo instante.

A eso de las seis de la tarde regresan los últimos pasajeros. Dentro de media hora, el barco zarpará. Uno de los oficiales se encuentra en el muelle, junto a la pasarela, verificando los que todavía quedan por llegar.

—¿Por qué tanta vigilancia? —me pregunta Tenes.

—Para evitar que se cuele algún polizón.

No estoy seguro de que sea eso, pero supongo que sí. ¿Por qué si no?

Tenes no me pregunta nada más. Pasan unos segundos y, bruscamente, dice:

—Voy al camarote. No tardaré en regresar.

Esta repentina decisión hace que me dé un vuelco el corazón. ¿Tendrá razón Xolotl? Le miro y se encoge de hombros, como diciendo: «¡Qué le vamos a hacer! No podemos seguirle por todas partes…».

Me tranquilizo un poco, pues Tenes, en efecto, se ha dirigido hacia el camarote. Además, estamos cerca de la pasarela y podemos ver fácilmente si intenta bajar. Es imposible que trate de abandonar el *Vermland* sin que nos demos cuenta. Solo cabe esperar…

Pasan cinco minutos. Diez. Un cuarto de hora y Tenes sigue sin aparecer. Teo percibe mi inquietud.

—Tranquilo, Sergio —dice—. No hay más que una pasarela, si intenta abandonar el barco tiene que pasar por aquí.

Teo tiene razón, pero sigo estando nervioso Pasan otros diez minutos. Han regresado y todos los pasajeros y el oficial ha subido a bordo Dos marineros se disponen a retirar la pasarela. Crece mi inquietud.

—Voy a ver si está en el camarote —digo; y echo a correr.

¿Y si estuviera allí?… ¡Menuda plancha me iba a tirar!

No importa: bajo de dos en dos las escaleras, galopo por los corredores y abro la puerta del camarote como una exhalación.

Está vacío.

Me siento incapaz de reaccionar. «No, no es posible, —pienso—. No ha podido escapar».

De pronto, veo un papel sobre la litera de Tenes, sujeto con un brazalete de oricalco, para que no pueda volar. Reconozco el brazalete enseguida: es el que Tenes solía llevar en la muñeca izquierda, con el escudo de los príncipes atlantes grabado en él… Leo lo que está escrito en el papel:

> “*El brazalete es para Teobaldo, que me salvó la vida en la sala de bronce. Gracias a todos y buena suerte*”.
>
> *Tenes*

Lo releo dos o tres veces, incrédulo y permanezco un buen rato incapaz de reaccionar. Por fin, guardo el brazalete y la nota en el bolsillo y subo a cubierta. Xolotl y Teo siguen en el mismo sitio, pero la pasarela ya no está. Teo me interroga con la mirada.

—Se ha ido —musito con un hilo de voz.

Y, sin añadir palabra, le entrego la nota y el brazalete.

—No es posible —susurra Xolotl—. No nos hemos movido de aquí…

Miro hacia los muelles. Los marineros acaban de retirar las amarras y el *Vermland* comienza a navegar. Cinco o seis metros le separan ya del muelle. Si todavía no ha

abandonado el barco ya no podrá hacerlo, a menos que se eche al mar.

—Tiene que estar aquí —dice Teo—. No ha podido saltar…

Veo al oficial que ha permanecido junto a la pasarela hasta el último instante y le pregunto si ha visto a Tenes bajar.

—No —responde—. ¿Por qué iba a hacerlo?…

Mi pregunta le ha debido parecer absurda, y tal vez tenga razón. Tenes *tiene* que estar en el barco, pienso, pero, al mismo tiempo, algo me dice que no está… Doy gracias al oficial y me reúno con Teo y con Xo.

—Mirad… allí, en el muelle —dice de pronto Xolotl.

Miro, pero no veo nada especial. Hay poca gente en el muelle, pues un crucero de placer no congrega a familiares y a amigos para despedir a los que se van; apenas un centenar de personas contemplan la partida del *Vermland*.

—No veo nada —digo.

—¡Fíjate bien! —insiste Xolotl.

De pronto, entre los curiosos, veo un muchacho de nuestra edad. Lleva puesta una boina y se parece a Tenes, pero no puede ser él, pues no ha descendido por la pasarela, nadie le ha visto bajar…

—Has olvidado el cinturón antifase —susurra Xolotl.

Sí. Lo había olvidado por completo, lo mismo que sus palabras: «Este cinturón ha salido de palacio… Me lo quedo». Debió ponérselo antes de abandonar Poseidonis, al estallar la sublevación.

Teo, Xolotl y yo miramos hacia el muelle, consternados. Y en ese momento, Tenes se quita la boina y la agita, para despedirnos, mientras la brisa revuelve su pelo blanco y su rostro se ilumina con una sonrisa juvenil.

—Ha escogido la aventura… —susurra Teo.

—Así es. Sin duda, ha decidido reemprender su vida errante, surcar todos los mares, tratar de hacer fortuna y, un buen día, regresar a Poseidonis.

Y mientras sigue agitando la boina, en medio del grupo de curiosos, su cabeza coronada de nieve se va haciendo cada vez más pequeñita, a medida que el *Vermland* se aleja y enfila la bocana del puerto.

PHILIPPE EBLY fue un autor de ciencia ficción del siglo XX, nacido en París y de nacionalidad belga. Los recursos que desarrollarán su apetito por las historias de aventuras son numerosos, uno puede citar, los álbumes de *Tintin* y *Snowy* o, en otro registro, *Ivanhoé*, que admira al Rey Ricardo Corazón de León. Este último trabajo no está relacionado con el libro que escribiría mucho más tarde *El que regresó de lejos*. A los dieciséis años, pasó un mes en Alemania. Es el comienzo de sus viajes que continuará como adulto entre México, Suecia y un país que lo fascina: Italia.

* * *

Philippe Ebly fue ingeniero metalúrgico en un centro de investigación científica. Su experiencia en esta área lo ayudará a hacer que las técnicas complejas del viaje en el tiempo sean creíbles y a dar un enfoque probable a sus fantásticas historias cuyo punto de partida a menudo se basa en la realidad. Esto permite que todos se pongan en la piel

de los aventureros para identificarse con uno de los personajes.

Al comienzo de su carrera, cuando apenas tenía veinte años, su actividad profesional lo llevó a Toulouse para una pasantía de dos meses. Entre los autores o novelas que fascinaron a Philippe Ebly, se puede citar a Stephen King, la novela de *El señor de los anillos*, *Les Rois maudits* de Maurice Druon o *Sinouhé l'Egyptien* de la que se inspiró y escribe *Voluntario para lo desconocido*.

* * *

Su primer libro, *Sanderloz Depth 0*, que nunca se publicó, fue escrito alrededor de 1967. Es una historia de anticipación, cuyo telón de fondo es la tercera guerra mundial y la supervivencia después del cataclismo nuclear. Pero fue en mayo de 1971 que probó suerte con *Destino Uruapan* con la editorial Hachette jeunesse. Este libro es el primero de una larga serie de aventuras (21 en total) que llevará el nombre de «Los conquistadores de lo imposible».

La primera publicación data de diciembre de ese año, luego la serie fue traducida a varios idiomas, en gran parte reeditada y revisada por el autor entre 1993 y 1995. La última aventura de *Los conquistadores de lo imposible* en Hachette se publicó en 1996 *Misión sin retorno*. Mientras tanto, han surgido otras dos series: Time Escapes y Patrollers del año 4003. Esta última serie responde a una expectativa del público de historias dirigidas hacia el futuro.

* * *

Su buena relación con los ilustradores Yvon Le Gall o, más recientemente, con Erik Juszezak ha establecido un vínculo de confianza y complementariedad. En este espíritu, la metamorfosis del primer Sergio (atraído por Yvon Le Gall) a la de un adolescente de los 90 (por Erik Juszezak) fue un éxito, según el propio autor.

Philippe Ebly no solo escribió. Participó activamente en la promoción de sus libros a través de una actividad que le gusta, su reunión con lectores, principalmente en universidades francesas. Regularmente, visitaba una escuela privada en el XII distrito de París, pero también en otras ciudades como Dunkerque, Châteaubriant, Grenoble, Lille, etc… En Evian, la colaboración activa entre profesores y estudiantes por un lado y Philippe Ebly, por el otro, permitieron escribir la última novela de *Los conquistadores de lo imposible*, *Misión sin retorno*.

El autor también estuvo presente en ferias de libros, en Montreuil (suburbio de París) en 1987, en Bailleul (suburbio de Lille) en 1989, en Troyes en 1993, pero también en Le Mans. Estos largos días de reuniones que le permitieron dialogar con otros autores e intercambiar con su público representaron cada vez para él una alegría sin disfraces. Todos los que se acercaron a Philippe Ebly podrán decirlo: este autor ha preservado el alma de su infancia, su capacidad de maravillarse y comprender a los jóvenes. Su imaginación fértil felizmente cruza el tiempo porque la imaginación no tiene barrera.

* * *

La colección se detuvo en 1997, pero el autor tenía en su reserva varios manuscritos inéditos (en particular, *Le prisonnier de l'eau*, la vigésima novela de *Los conquistadores de lo imposible*). Desde 2002, publicó cuatro cuentos en Éditions Averbode, y en el mismo año, Éditions Degliame reeditó una gran parte de la serie Conquerors of the Impossible y las primeras Escapes of Time. Pero las ediciones de Degliame cesaron sus publicaciones en 2005. No fue hasta 2007 que las ediciones de Temps Impossible finalmente publicaron *El prisionero de agua*, luego el *Perro que maulló* y una colección de cuentos, En el río del tiempo.

Su talento fue recompensado con dos premios: en 1976, el premio de la feria familiar en Lille para *La voûte invisible*, y en 1993 en Valenciennes, el premio literario 4.º libro de visitas de jóvenes lectores en la categoría junior, para *Chasse au tigre en Corrèze*. Pero su mejor recompensa es el apego de sus lectores a sus aventuras. Recibió cientos de cartas de sus admiradores, cartas que fueron respondidas cada vez a pesar de su apretada agenda. Es una gran cualidad para Philippe Ebly tener tanto respeto por sus lectores…

Philippe Ebly murió pacíficamente el 1 de marzo de 2014 en Bélgica, pero continúa iluminando los sueños y los corazones de todos sus lectores, pasados, presentes y futuros.

Notas

[1] Un *zoom* es un objetivo con foco variable que acerca o aleja la imagen. En el lenguaje familiar del cinc y la televisión, «hacer un *zoom*» consiste en alejar o acercar al espectador la imagen captada por la cámara. <<